

EJERCICIOS DE LECTURA

(CURSO PROGRESIVO)

POR

EL DOCTOR F. A. BERRA

SEGUNDA PARTE



BUENOS-AIRES

ANGEL ESTRADA Y C^a, EDITORES

BOLIVAR, 454 Á 470

1890

B. C. N. E. P. N.

BER E

**EJERCICIOS
DE LECTURA**

El Autor se reserva todos los derechos de la propiedad.

14468
EJERCICIOS

DE LECTURA

(CURSO PROGRESIVO)

POR

EL DOCTOR F. A. ESTRADA

MUSEO PEDAGÓGICO
"JOSÉ PEDRO VARELA"
Centro de Documentación
e Investigación

SEGUNDA PARTE

BIBLIOTECA
DE LA
DIRECCIÓN GRAL. DE I. PRIMARIA
MONTEVIDEO

BUENOS-AIRES

ANGEL ESTRADA Y Ca, EDITORES

BOLIVAR, 454 Á 470

1890

1002,507

MUSEO PEDAGÓGICO
"José Pedro Varela"

ADVERTENCIAS

Á LOS DIRECTORES DE LA ENSEÑANZA

Y Á LOS MAESTROS

I

El Autor ha expuesto en el *Prefacio* las razones que lo han inducido a escribir esta obrita y los principios pedagógicos que le sirven de base, a la vez que hace la crítica de la generalidad de los libros de lectura que se usan en las escuelas primarias.

Ese *Prefacio* y las *Instrucciones para los maestros* se han impreso separadamente, con el propósito de que los EJERCICIOS DE LECTURA cuesten menos a los niños, que si todo se hubiese reunido en un solo volumen.

Las autoridades escolares, los directores de escuelas y los maestros obtendrán el *Prefacio* y las *Instrucciones* gratuitamente, pidiéndolos á los editores Angel Estrada y Ca.

II

LOS EJERCICIOS DE LECTURA han sido escritos para que sean usados *al mismo tiempo* que los niños estudian la materia en los CARTELES DE LECTURA I LOGOGRAFÍA del Autor, en los cuales se aplica el método analítico-sintético, ó sea *de palabras generadoras*.

Se han separado por números romanos los ejercicios que corresponden a cada uno de los ocho carteles murales de que consta el juego, de modo que los ejercicios que siguen al número I corresponden al cartel primero, los que siguen al número II corresponden al cartel segundo; y así sucesivamente.

Como se compone cada cartel de varias *secciones*, corresponde a cada una de éstas cierto número de ejercicios. Se ejercitará, pues, al niño :

En las leyendas :

1
2-5
6-15
16-21
22-36
37-43
44-58
59-66
67-88
89-96
97-113

Después de la sección :

2^a
3^a
4^a
4^a
5^a
4^a
5^a
4^a
5^a
4^a
5^a

Del cartel :

1
2
2
3
5
4
4
5
5
6
6

<i>En las leyendas :</i>	<i>Después de la sección :</i>	<i>Del cartel :</i>
114-118	4 ^a	7
119-144	5 ^a	7
145	5 ^a	8
146-159	4 ^a	8
160-167	7 ^a	8
168-169	10 ^a	8

Las indicaciones precedentes corresponden á la *Tercera edición* de los Carteles. Los que usen la *Primera edición* ó la *Segunda* observarán las mismas indicaciones, excepto en lo relativo al cartel número 7, respecto del cual se ejercitará a los niños :

<i>En las leyendas :</i>	<i>Después de la sección :</i>
114	4 ^a
116-120	5 ^a
115	7 ^a
121-124	8 ^a

No es necesario, i quizás ni conveniente, que se espere a haber leído en el libro todo lo que corresponde a una sección de los carteles, para pasar a la sección inmediata. Lo esencial es que no se empiece a leer en el libro los ejercicios correspondientes a una sección de los carteles antes que esta sección haya sido completamente estudiada; pues el fin del libro es *ampliar* los ejercicios que se hayan hecho sin él. Respetada esta condición, pueden los niños estudiar una sección de los carteles al mismo tiempo que leen en los EJERCICIOS DE LECTURA lo correspondiente a cualquiera de las secciones anteriores ya estudiadas.

III

LOS EJERCICIOS DE LECTURA pueden servir, no solo á los que aprenden á leer por los CARTELES DE LECTURA Y LOGOGRAFÍA del Autor, sino también a los que aprendan á leer por otros métodos, tales como el *fónico*, el *deletreo* i el *silabeo*, desde que empiecen a leer palabras i frases, por el orden rigurosamente progresivo con que está desarrollado el plan.

IV

Sea cual fuere el método empleado, no deben contraerse los niños a leer seguidamente las frases o los párrafos desde el principio hasta el fin, como se acostumbra, sino que el ejercicio de lectura debe ejecutarse según ciertas reglas dirigidas a *vencer dificultades* y a *educar las aptitudes del alumno*.

LOS EJERCICIOS DE LECTURA conducen á este doble fin. Las reglas á que se alude y los ejercicios indicados al pié de cada leyenda están explicados en las *Instrucciones para los maestros* de que se ha hablado en la advertencia I. Se recomienda especialmente á los maestros que subordinen á ellas su conducta, con todo el esmero posible.

VII





114.

El hijo.

El balde.

El bulto.

La bolsa.

El árbol.

El guiso.

El pescado.

El cambio.

La pastilla.

La página.

El compañero.

La haraganería.



115.

Los ojos.
Las orejas.
La nariz.
La lengua.
Los dientes.
Las mejillas.
La barba.
El pescuezo.

El corazón.
La espalda.
Las manos.
El muslo.
Las piernas.
Las pantorrillas.
Los dedos.
Las uñas.

La corbata.

El calzoncillo.

El pantalón.

El botón.

La manga.

El bolsillo.

El reloj.

El bastón.

El botín.

El charol.

La falda.

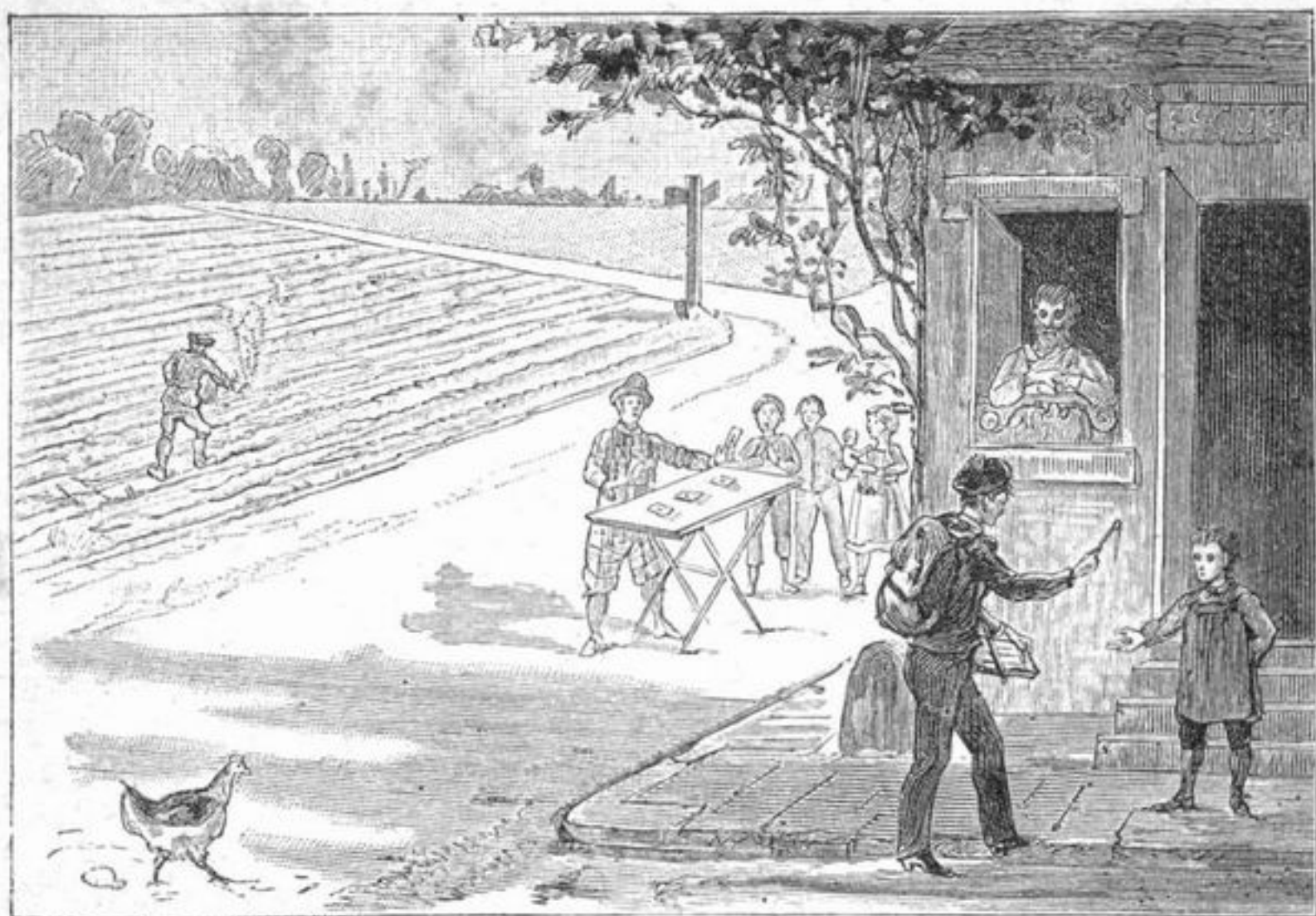
El delantal.

El mantel.

La lámpara.

El candelero.

La luz.



116.

El campo i el campesino.
La acera y el poste.
El huevo i la gallina.
El colegio y el muchacho.
El compás i la moneda.
El payaso y el juguete.
El ahijado i el regalo.
La moneda i el cambio.
Copas y naipes.
El ojo i la guiñada.

EJERCICIOS : 116. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Escritura o deletreo de las palabras: — *c.* Componer frases.



117.

El remo de un bote.

La bolsa de lienzo.

El sonido de la campana.

La hoja de la higuera.

El rizo de la rubia.

La enagüita de la muñeca.

La página de una hoja.

El pastelito de harina.

El vicio de la haraganería.

El huevo de la paloma.

EJERCICIOS : 117. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Deletreo. — *c.* Componer frases con palabras leídas.



118.

El humo oscuro.
La rubia risueña.
La rosa amarilla.
El género azulado.
El niño pedigüeño.
La niña generosa.
La bola redonda.
El higo maduro.
La pistola chica.
La herida honda.

EJERCICIOS : 118. — a. Pronunciar bien. — b. Deletrear. — c. Componer frases con palabras leídas.

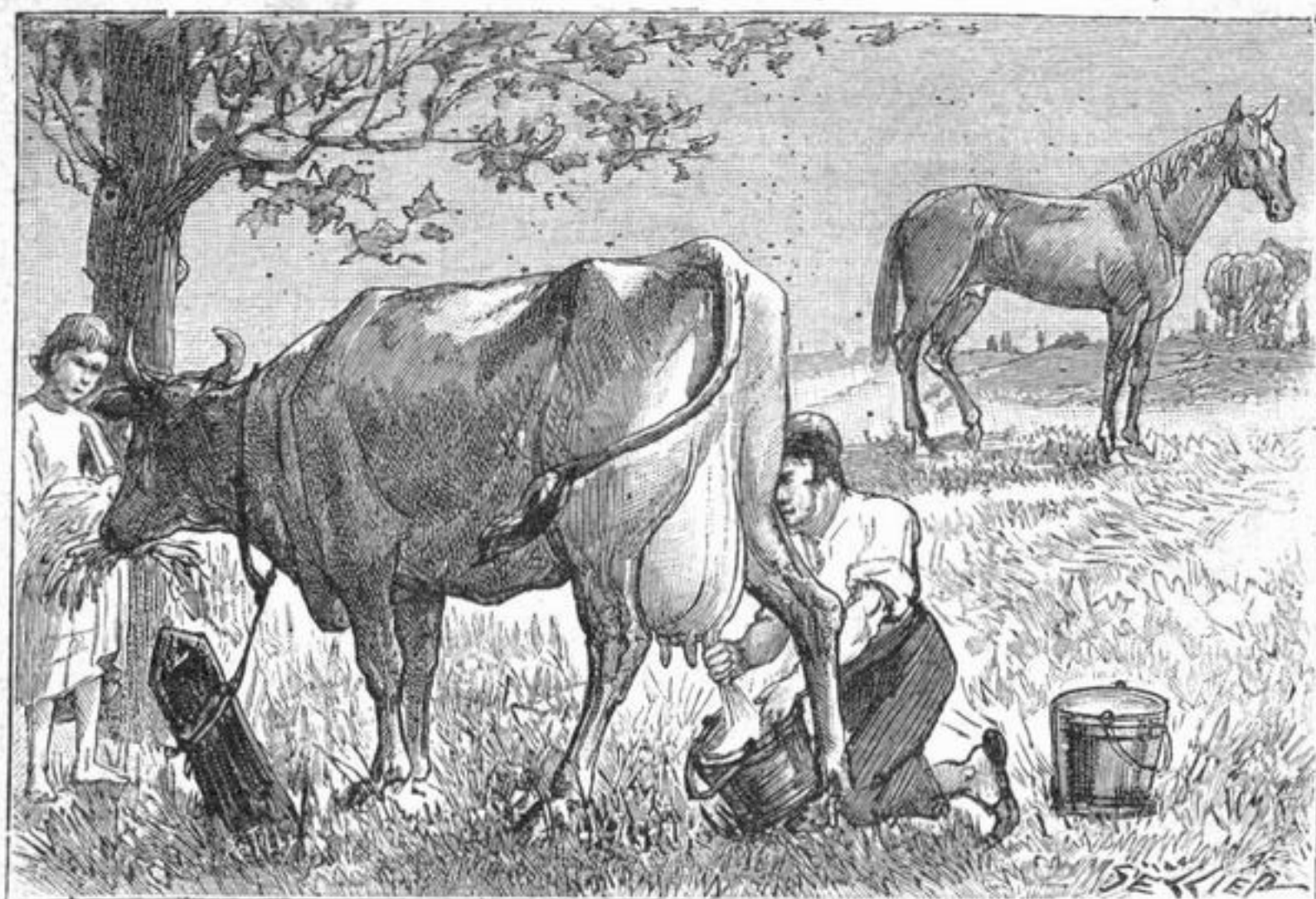


119.

El río suena.
El pescado nada.
El buey muge.
El águila vuela.
La chimenea humea.
El humo ensucia.
La rueda gira.
La rosa huele.
El guiso hierve.

Consejo Nacional de Educación
EJERCICIOS : 119. — a. Pronunciar bien. — b. Deletreo. — c. Componer frases
con palabras leídas. — d. Expresar de otro modo las ideas.
M. DE PEDAG. G. C. O.
J. P. de Pedro Varela

I002.502



120. — La vaca y el caballo.

La vaca es overa.

Está atada á un poste, bajo de un árbol.

Le dan pasto para que coma.

Un campesino la ordeña.

Sale la leche de la teta i el chorro cae en un balde.

Esa vaca tenía una compañera, pero ya no la tiene :
se la dió en cambio de un caballo.

El caballo es ahora el compañero de la vaca : en
donde está ésta, está el caballo.

Este caballo es hermoso.

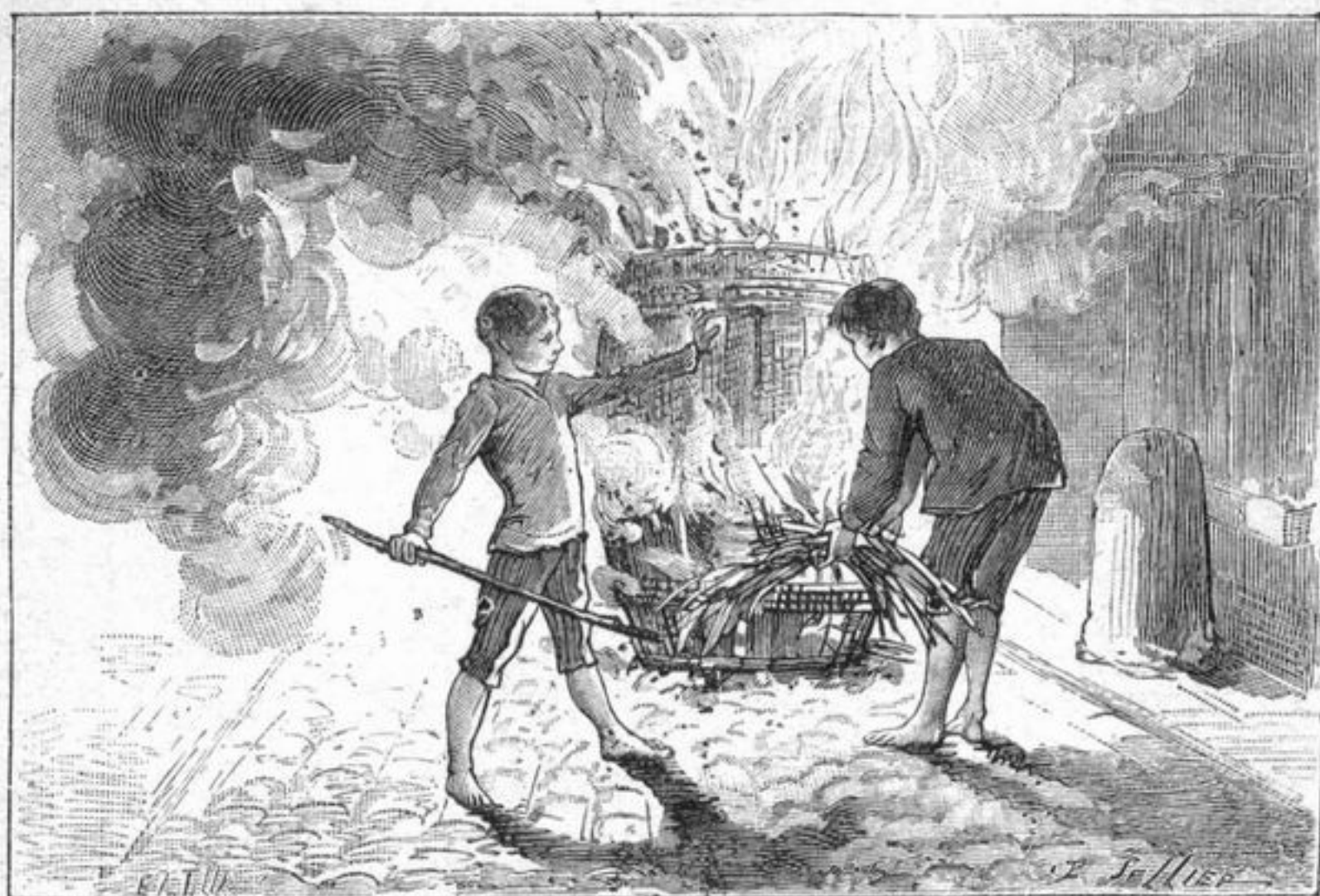
Anda al paso y al galope.

Cuando galopa arquea el pescuezo.

Codos lo miran i lo elogian.

Parece que entiende ésto i que se enorgullece.

EJERCICIOS : 120. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i periodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar de otro modo las ideas. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones de carácter económico i moral.



121. — El día de San Juan.

Hoy es día de fiesta : es el día de San Juan.
En este día festeja su santo un vecino llamado Juan.
¿No ves? Arde una barrica en la esquina. Hay al lado una fogata.

La llama de la fogata es rojiza.

El muchacho Campos echa leña a esa fogata.

Le sigue un chicuelo que lleva paja para el fuego.

Todo esto hace una humareda espesa é incómoda.

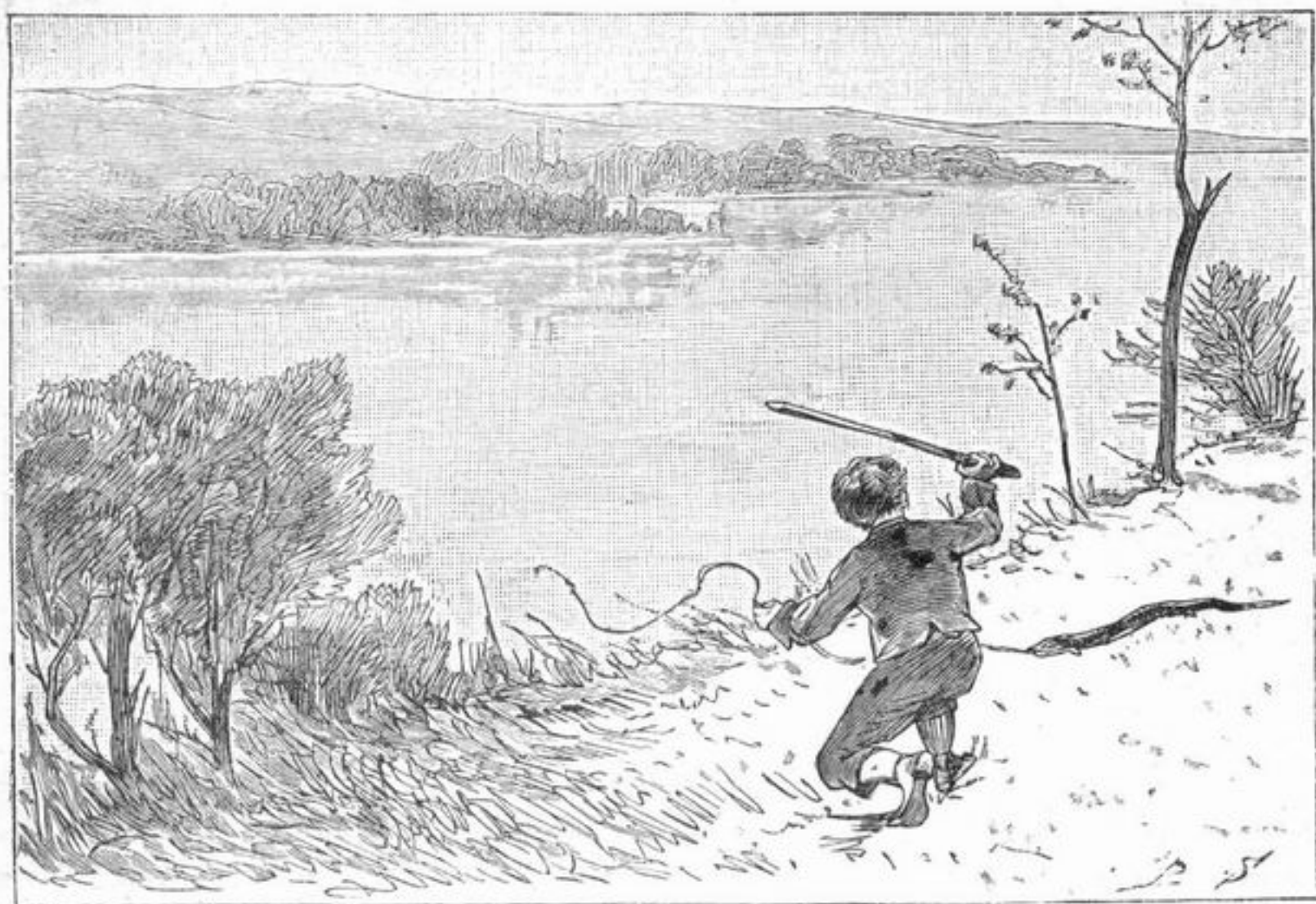
Bien me parece que Campos i el chiquillo jueguen y

se diviertan; pero, ¿sería peor, acaso, que no incomodasen á nadie? ¿No sería mucho mejor?

¡Ah, si yo fuese agente de la policía! No se haría esto así.

Festejar á San Juan con fuego, i ahogando á todo el mundo á fuerza de humo, es bastante mal modo de festejar.

¿No es esto verdad?



122. — La pesca.

¿Ves ese pescado? Está muerto.

Pascual echó un anzuelo al río.

Al poco tiempo vió moverse la cuerda del anzuelo.

« ¡Oh, oh! » (se dijo,) « aquí hay algo. »

Tiró de la cuerda y sacó un pescado largo i delgado.

« ¡Una anguila! ¡Una anguila! » siguió diciendo, y la mató á golpes.

La anguila es redonda; se parece á una víbora; pero no hace daño.

Será guisada en una cazuela, i se la comerá después.

¡Si tuviésemos la suerte de ir á esa comida!

*¡Si ya me parece que veo la cazuela, i en
ella la salsa hirviente, i que los vapores hue=
len á..... á anguila guisada!*



123. — El carretón.

Ese carretón está ya viejo.

Tiene dos ruedas altas y está tirado por dos caballos.

Los caballos son oscuros i gordos.

El carretón lleva una carga pesada.

La carga es de sacos llenos.

¿Qué será lo que hay en los sacos?

¿Serán porotos? ¿Será arroz, garbanzos?

Sea lo que fuere, los caballos tiran con fuerza.

Una campanilla cuelga del pescuezo de uno de ellos.

Además, los dos caballos tienen en la cabeza cascabeles ruidosos.

La campanilla y los cascabeles son de metal.

Se les oye desde lejos i llaman la atención de las gentes.



124. — La mesa de dibujár.

La mesa que ves ahí tiene cinco cajones.

Está pintada i barnizada.

Sus patas están torneadas. Son delgadas, pero fuertes, porque su madera es dura.

La mesa es mas larga que ancha.

Hay encima de ella unos cuadernos, papeles, un tintero, un lápiz, i goma de borrar.

Uno de los cuadernos está abierto, y se vé un dibujo en una de sus páginas.

Ese dibujo ha sido hecho con el lápiz en varios días.

Es el dibujo de un ranchito con árboles altos.

Lo hizo Lorenzo. Está bastante vistoso; ¿no es verdad?

El dibujo es cosa que gusta á los niños.

Todos deberían saber dibujar, porque este saber es útil.



125. — El batallón.

Pasa un batallón.

Van adelante muchos tambores.

Los tambores suenan con fuerza.

Los soldados marchan al son de los tambores, i llevan fusiles.

Van mandados por oficiales.

Los oficiales llevan espada en la mano.

Esas espadas son puntiagudas i cortan, porque están bastante afiladas.

Los muchachos corren en la calle.

Las gentes miran desde las puertas.

Esos oficiales i soldados son valientes.

Defenderán á la nación con las armas que llevan.

Muchos morirán en la pelea, y se les recordará con respeto i cariño.



126. — Un perro i un gato.

Los perros son enemigos de los gatos.

Aquí hay un perro y un gato.

El perro tiene cortos el hocico i las patas, i cortadas las orejas i la cola.

El gato es de color ceniza con rayas oscuras.

El perro persigue al gato.

El gato subió de un salto al techo de un *galpón*.

El perro salta también, pero no tanto como el gato.

Ese perro no puede subir al techo.

El gato i el perro se miran.

El gato está con el lomo encorvado i la cola levantada.

El perro espera á que el gato baje, para agarrarlo con sus dientes; pero el gato no es tonto : no bajará hasta que el perro se canse de esperar y se vaya.

EJERCICIOS : 126. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i periodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletrear. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Componer el resumen de la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



127. — El payaso.

Ahí va un payaso á caballo.

Tiene un vestido raro : un saco con picos, pantalones anchos que le llegan á la rodilla, medias, i zapatos bajos.

De la cabeza le salen dos cuernos.

La cara está pintada como una zaraza.

Va montado como las mujeres montan, pero mirando hacia la cola.

Lleva la cola del caballo en la mano, como si fuera la rienda.

Muchos muchachos le siguen.

Todos se ríen de las cosas que hace el payaso por divertirlos.

— ¡Esta noche hay función! ¡El macaco Zulué bailará en el aire i resucitará después de muerto! ¡Los muchachos pagan solamente la mitad! (Les dice el payaso en alta voz.)

— ¡Viva el payaso! ¡Viva el macaco Zulué! (Contestan los muchachos.)

Y todos se ríen, i corren, i arrojan mil cosas, i se burlan.

Los jóvenes bien educados no andan así en la calle.

Esos muchachos son mal educados.



128. — ¡Infeliz borracho!

Dos celadores de policía llevan á una persona.

Esa persona tiene las manos atadas.

Es un mozo joven.

Va en mangas de camisa.

Su ropa está sucia y el cabello despeinado.

Lo llevan á la cárcel, porque lastimó á un anciano.

Le ataron las manos, porque se oponía á marchar i quería pegar á los celadores.

Ese mozo está borracho. Por eso quiere pelearse con todos. Cuando no está borracho es muy bueno.

El beber vino le hace daño : le quita el juicio, de modo que no sabe lo que hace.

¡Qué malo es emborracharse! ¡Y qué feo es ser borracho!

Los muchachos se burlan de él i le tiran con cualquiera cosa.

Pero esos muchachos hacen muy mal : no deben burlarse de ningún borracho, sinó que deben tenerle compasión.

Los borrachos son unos infelices.



EJERCICIOS : 128. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i periodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



129. — El pescador.

« ¡Pejerreyes! ¡Pejerreyes recién pescados! »

Así dice ese anciano que lleva una canasta en la mano.

Es un pescador. Va descalzo, con el pantalón remangado.

Lleva muchos pejerreyes en la canasta, y una hermosa corvina.

Los pejerreyes i la corvina han sido pescados en el río.

Ese pescador pesca las corvinas con anzuelo y los pejerreyes con una red pequeña.

El anzuelo es de acero. Está asegurado á un hilo fuerte.

El pescador lleva la red en una mano.

Gana su alimento pescando i vendiendo los pescados.

De este modo se gana la vida honradamente.

Tiene hijos que lo quieren mucho, porque todos los días les da pan y cuanto necesitan.

Los hijitos son chicos. En cuanto sean bastante mayores ayudarán á su papá i serán todos mas felices.



130. — El baile.

¡El baile! He ahí una cosa que divierte.

Suelen bailar las personas mayores y también los niños.

Jorge leyó ésto en un papel :

« Hay muchachos á quienes gusta correr carreras y saltar postes i zanjas.

« El correr y el saltar así es inconveniente, porque á menudo se lastiman los que eso hacen.

« Las niñas son mas aficionadas á bailar.

« El bailar de cuando en cuando no hace daño : es un juego de buen gusto, i da salud á los niños. »

Al oír esta lectura dijo uno de los varones que también á él le gustaba el baile.

— ¡A mí también!

— ¡Y á mí!

— ¡Y á mí!

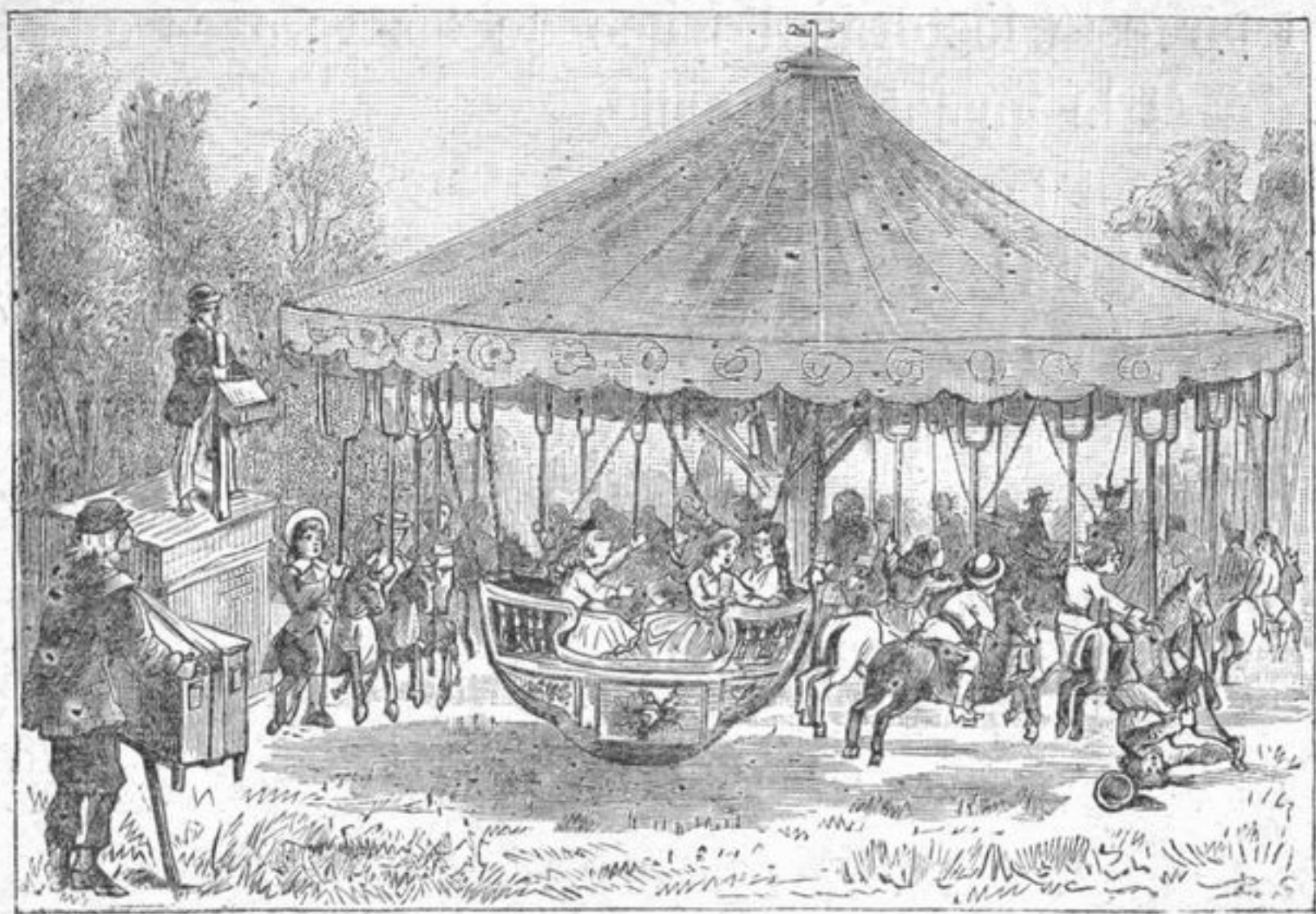
Añadieron los demás varones.

— Pues á bailar. ¡A bailar todos!

Formaron rueda varones i niñas, y comenzó el baile.

Todos cantan al mismo tiempo que bailan.

¿No es hermoso ver á esos niños pasar los ratos de un modo semejante? Son buenos compañeros ; se quieren mucho i viven contentos. ¡Que sean felices toda la vida!



131. — Las calesitas.

Un nuevo modo de jugar.

Son muchos los niños que se divierten.

Hay un palo largo parado, i caballitos de madera, i cochecitos que se llaman *calesas*.

Los caballitos i las calesitas dan vueltas al rededor del palo parado.

Un mozo les hace dar las vueltas.

Los niños van montados en los caballitos.

Las niñas van sentadas en las calesitas.

En tanto que dan vueltas, un viejecito toca un organillo.

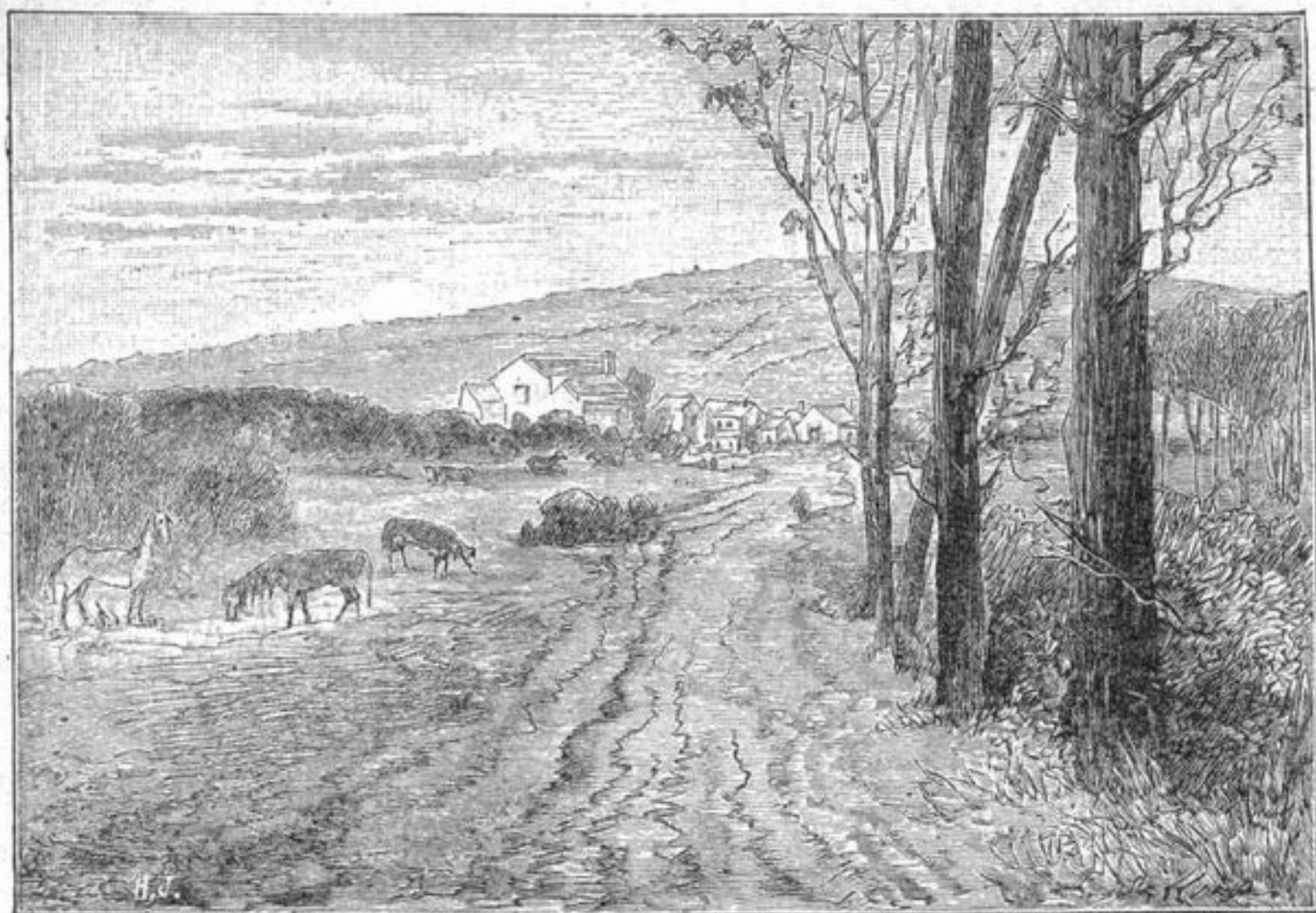
¡Ay, ay, ay! Uno de los niños se cayó de su caballo.
Todos los compañeros se asustan.

¿Cómo se cayó ese niño? Se ha mareado i perdió la cabeza.

¿Se ha lastimado? Sí : dice que le duele una pierna.
Será necesario curarlo.

Que esto sirva de escarmiento á todos. Es fácil que se mareen y se caigan los que nunca han andado en los caballitos.

También se caen y se lastiman los que no andan con juicio.



132. — El Sol.

Es de tarde. No hay casi nubes en el Cielo. Se pone el Sol. Tiene la forma de un círculo.

Se esconde al fin de la Tierra, en donde parece que ésta toca al Cielo. Da poca luz.

Se ven a lo lejos unas casas, porque les llega la luz del Sol.

Hay en el suelo algunos animales; pero no se les ve bien, porque les da poca luz.

¿Qué animales serán? Algunos parecen caballos; pero bien pueden ser mulas.

Mas allá hay animales también, pero no se puede

decir qué animales son : se ven con dificultad aquellos bultos.

Mas tarde no se verán ni los animales, ni las casas, porque el Sol desaparecerá y no enviará su luz á las cosas. Será de noche.

El Sol es muy útil á todas las personas, porque nos permite ver bien todo.

En la oscuridad de la noche no se ve nada.

Pero la noche es útil también, porque de noche dormimos y descansamos.



133. — Un buen corazón.

Fermina vió, al salir de su casa, á una mujer sentada al pié de un árbol.

Esa mujer era desconocida. Fermina se acercó á ella y averiguó quién era i lo que hacía.

La mujer se llamaba Carlota i vivía con lo que ganaba cosiendo.

Como no había costuras en el lugar en que vivía, iba á un lugar diferente en busca de ocupación, porque no tenía con qué comer.

Ese lugar está lejos i Carlota se cansó en el camino. Sudaba mucho, porque hacía calor.

Se sentó bajo un árbol, en donde no daba el Sol, con la intención de descansar.

Fermina pidió a su mamá que diera algo de comer a la desconocida.

La buena señora calentó caldo, cortó medio pan y un pedazo de queso, i Fermina llevó todo ésto á Carlota.

Carlota bebió el caldo i comió el pan i el queso; dió muchos besos á Fermina; dijo á la señora de la casa que le estaba reconocida, y siguió su camino.

Carlota recordó toda su vida este favor, i desde entonces fué buena amiga de Fermina i de su mamá.



134. — El cazador i el perro.

Vuelan numerosas aves. Parecen ser palomas.

Andan cerca de ellas una persona y un perro. La persona calza botas largas i lleva en la mano una escopeta. Es un cazador. El perro tiene largas las orejas i la cola. Se llama Sultán.

El cazador disparó un tiro á las palomas. Cayó una al suelo. Estaba muerta.

El perro tomó una con los dientes i la llevó al cazador.

— Ya tenemos una paloma, Sultán, (le dice el amo.) Luego la comeremos los dos. Tu te has cansado como

yo, i es justo que goces conmigo de las ventajas que los dos conseguimos.

Este cazador mira á su perro como á compañero suyo : le tiene cariño. Hace bien.

Los animales que nos sirven deben ser mirados como el cazador mira á Sultán. Esos animales nos ayudan i nos quieren. ¿Porqué hemos de pegarles? ¿Porqué hemos de ser malos con ellos?

Los que pegan á los perros, á las mulas, i á los caballos tienen mal corazón; mas malo que el de esos animales.

Respetemos á los animales buenos como respetamos á las personas.



185. — La verdad.

El sillón tiene un respaldo alto. Sirve para amacarse. Telésfora se sentó en el sillón y se puso á estudiar sus lecciones.

Pero al poco tiempo le dió sueño, se quedó dormida, y se le cayeron las cosas que tenía en la mano.

Cuando se despertó oyó ruido de lozas, de cucharas, de cuchillos i de tenedores, y de gente que se acercaba al comedor.

Miró en rededor suyo : el reloj marcaba la hora de almórzar.

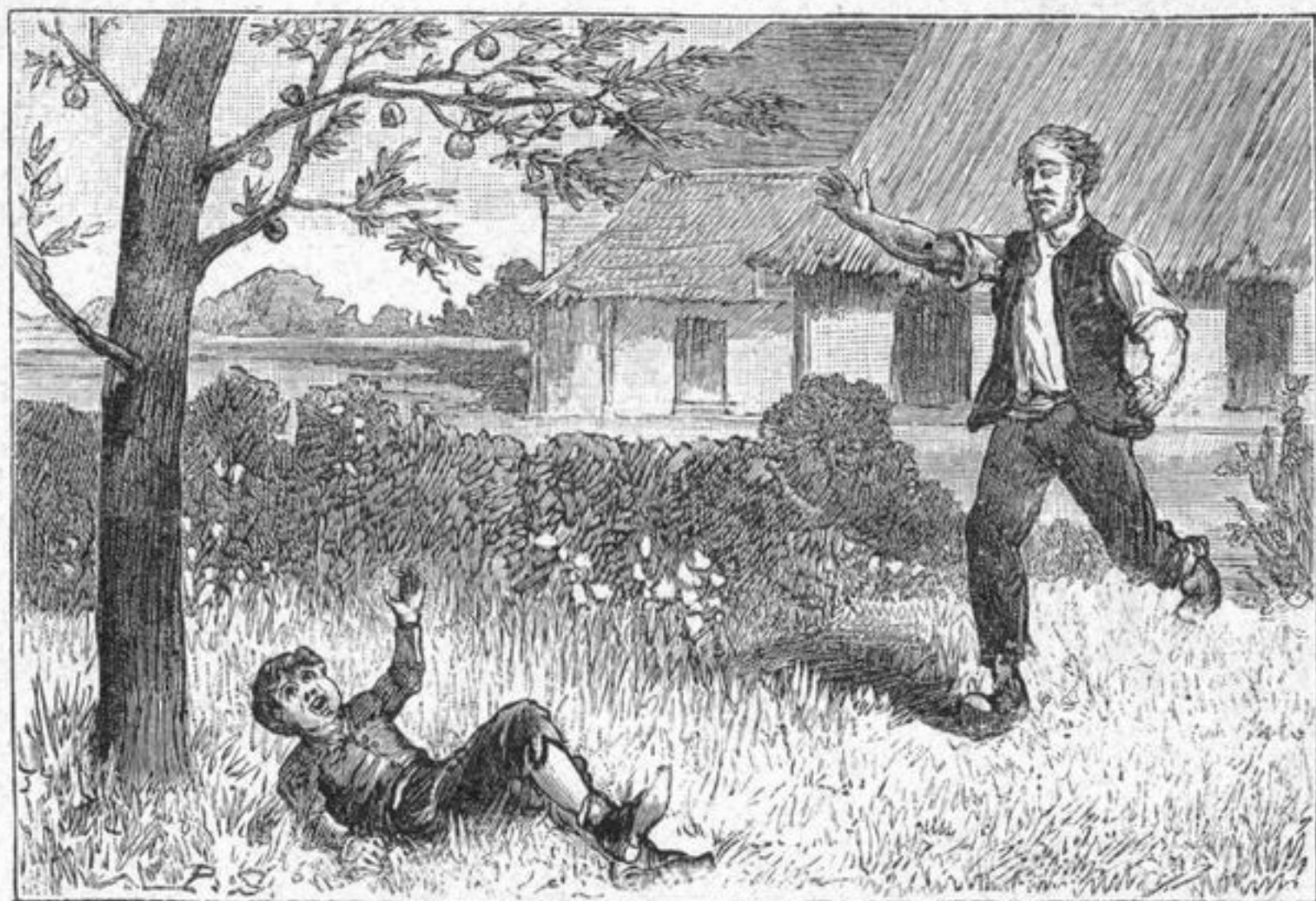
¡Y ella no había estudiado sus lecciones! ¡Y se había pasado el tiempo durmiendo!

¿Qué dirían su mamá i su papá? ¿Cómo se excusaría en la escuela?

Pensó decir que había estado ocupada en quehaceres de la casa. Pero luego se dijo :

— *Nó : ésto sería mentir y yo no debo ser embustera. Mejor será decir la verdad, aunque mis compañeras se burlen de mí, i aunque se me castigue por mi mala acción.*

Y dijo la verdad en la escuela, i nadie le impuso ninguna penitencia, ni se burló de ella, porque quienes dicen la verdad merecen respeto y estimación.



136. — El delito castigado.

Tiene el tío Lucas una quinta, en la cual hay muchos árboles.

Los árboles están cargados de duraznos, de manzanas ó de peras.

A Joaquín le gustan mucho los duraznos; pero el tío Lucas no le permite arrancarlos del árbol.

Un día, al oscurecer, se fué Joaquín á la quinta agachándose, sin que nadie lo viera. Se acercó á un duraznero; i, como tuviese muchos duraznos hermosos, se subió al árbol, empezó á tomar los mas maduros, i continuó en su tarea durante un rato.

Ya iba á bajar con los bolsillos llenos, cuando pisó mal en una rama y se vino al suelo. Al caer se lastimó una pierna : se le rompió un hueso.

Quiso ocultar su enfermedad y su picardía; pero el dolor no se lo permitió.

— ¡Tío Lucas! ¡Tío Lucas! ¡Ay, tío Lucas!

Oyó el tío Lucas estas voces lastimeras. Vino i halló á Joaquín tirado en el suelo, pálido i quejándose.

— ¡Ah, picarón! ¿Quisiste robarme i te rompiste una pierna? Bien merecido lo tienes.

Y diciendo ésto se lo llevó á su casa y lo hizo curar por un médico.

Joaquín estuvo en cama algo mas de un mes. Padeció mucho y quedó cojo para toda la vida.

¡Qué castigo tuvo su mala acción!

Joaquín no volvió á robar duraznos, ni cosa alguna.



137. — Un mal jugador.

Bartolo tiene unas bolitas en la mano.

Le gusta jugar al uñate y al oyo. Si gana, se burla del que pierde; i, si pierde, se enoja con el que gana.

Quiere jugar ahora con García, que también tiene bolitas; pero García no quiere jugar con Bartolo.

— ¿Porqué no quieres jugar conmigo?

— Porque no quiero que te burles de mí, si ganas, ni que te enojas conmigo, si pierdes.

— No me burlaré, ni me enojaré, García. Juega conmigo.

Muchas veces había asegurado Bartolo á todos los jóvenes de la vecindad que no se burlaría, ni se enojaría; pero todas las veces que había jugado había faltado á su deber.

García, que había sido engañado varias veces, no quería serlo de nuevo, i no jugó.

Bartolo no hallaba ya con quien jugar : todos le huían.

Esto sucede á los que no saben conformarse con su mala suerte, ni respetar la ajena.



138. — El niño juicioso.

Ese niño tiene como nueve años de edad. Va bien vestido. Le cuelga á un costado una cartera de cuero.

Camina juiciosamente por la calle. Se le acerca una niña conocida.

— ¿A dónde vas, Carlos?

— Voy á la escuela.

— ¿Quieres ir á casa? Jugarás un rato con Martín y después irás á la escuela.

— No, ahora no. Si voy á tu casa, se hará tarde i no llegaré á buena hora á la escuela.

— ¡Si todavía falta mucho para la hora! ¿Qué importa que juegues un momento? ¡Nada mas que un momentito!

— Pasa el tiempo sin pensar, cuando se juega. Puedo descuidarme y llegar tarde. Me falta bastante camino todavía.

Así conversaron. Carlos siguió su camino i llegó á la escuela cuando se tocaba la campanilla para empezár las tareas.

— Cenía yo razón, (se dijo :) si me quedo á jugar con Martín, llego tarde.

Y se puso contento por no haberse detenido en el camino.



139. — Los dos hermanos.

Bernardino es hermano de Elvirita.

Salieron los dos un día á pasear.

Pasaron por un lugar en que había un poco de agua y barro; es decir, por un *pantano*.

Al acercarse á él dijo Elvira á su hermano que deberían dar una vuelta, á fin de no mojarse, ni ensuciarse los botines.

Bernardino no quiso hacer caso á su hermana i pasó por el medio del pantano. Se mojó i se embarró los botines, como era de esperarse.

Elvirita, mas juiciosa, dió una vuelta larga. Caminó

— ¡Si todavía falta mucho para la hora! ¿Qué importa que juegues un momento? ¡Nada mas que un momentito!

— Pasa el tiempo sin pensar, cuando se juega. Puedo descuidarme y llegar tarde. Me falta bastante camino todavía.

Así conversaron. Carlos siguió su camino i llegó á la escuela cuando se tocaba la campanilla para empezár las tareas.

— Cenía yo razón, (se dijo :) si me quedo á jugar con Martín, llego tarde.

Y se puso contento por no haberse detenido en el camino.



140. — El carpintero.

Ese joven que se ve en la lámina es Tiburcio. Está en mangas de camisa, sin gorra, y con un delantal que le llega hasta la mitad de la pierna.

Tiene arremangadas las mangas, por no ensuciarlas, ni romperlas.

Tiburcio está aserrando madera. Esta madera está encima de un banco largo. Tiburcio hará con ella una puerta y una ventana. Ese joven es un carpintero.

El oficio de carpintero es muy decente, i se gana bastante dinero en él.

Conozco á muchos jóvenes que no tienen ningún ofi-

cio y que viven en la miseria, porque no saben ganar el dinero que necesitan.

Tiburcio no tenía antes ningún oficio, i pasó muchos días comiendo poco, i algunos sin comer nada.

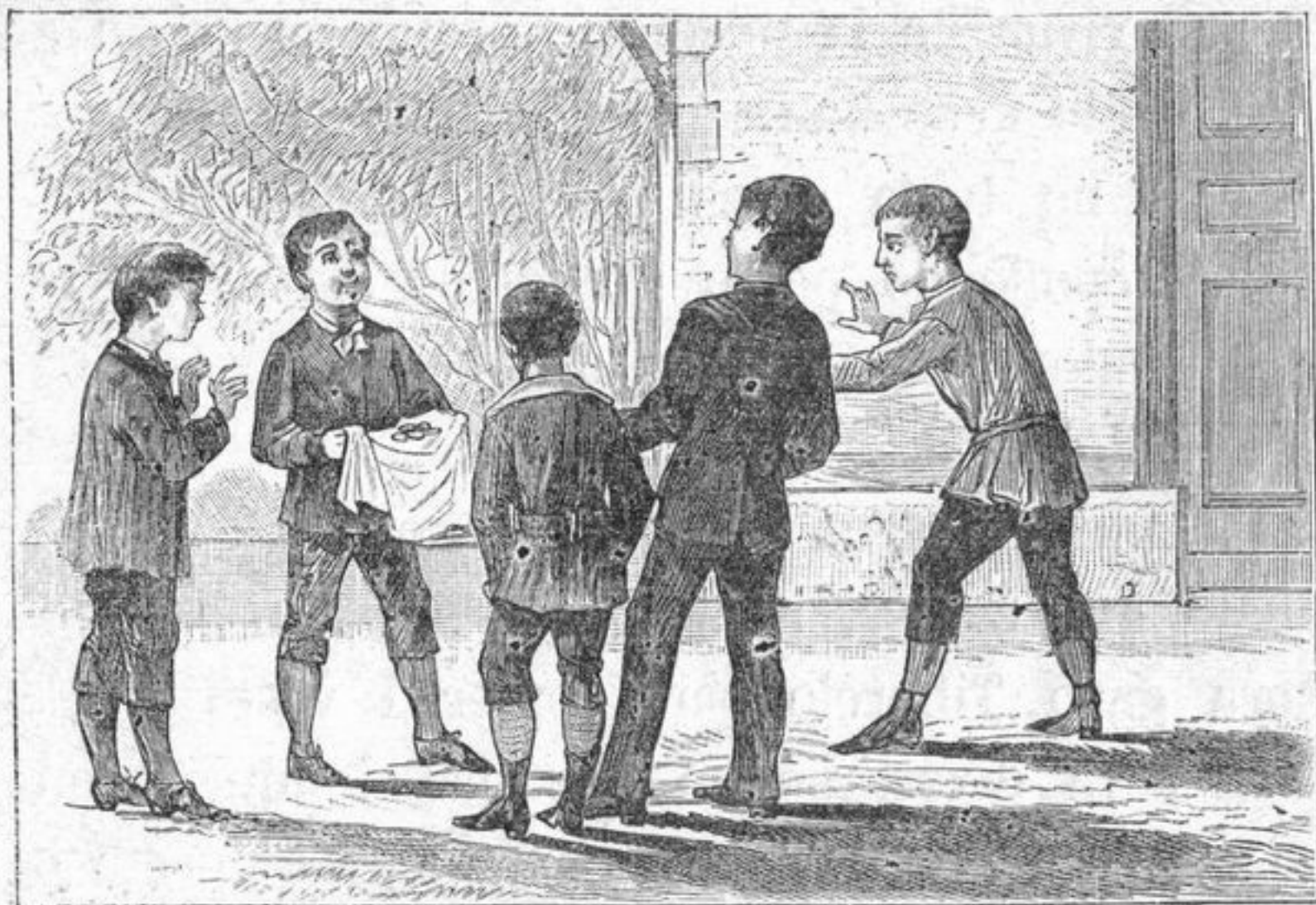
Un carpintero tuvo lástima de él y le enseñó su oficio, diciéndole :

— Cuando lo sepas como yo, ganarás dinero y no te faltará que comer, ni que vestir.

Ahora gana Tiburcio para comer i vestirse bien, i también para divertirse en los días domingo con sus amigos, i para guardár para cuando se enferme o sea viejo.

Si todos los jóvenes que no saben un oficio i viven en la miseria hicieran lo que hizo Tiburcio, vivirían satisfechos i contentos como él.

Tiburcio se acuerda mucho del carpintero que le enseñó, y lo quiere como si fuera su papá.



141. — El dinero hallado.

Una vez que Luisito iba á la tienda, mandado por su papá, halló en el camino un pañuelo envuelto que contenía cinco pesos.

Se puso contentísimo.

— ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! (se decía guardando el pañuelo en el bolsillo).

Se acercó á unos amiguitos y los convidó á paseár el Domingo. Luisito les dijo que pensaba gastar los cinco pesos en juguetes y en comidas.

— ¡Estaremos de comilona! (se decían los amigos.)

Supo ésto el papá de Luisito. Llamó al niño i conversó con él de lo que pensaba hacer.

— Hijo mío, (le dijo bondadosamente :) tu hallaste dinero, i no me has dicho nada. Esto es mal hecho.

Vas á gastar ese dinero en juegos i golosinas con tus amigos. Esto es también mal hecho, porque las golosinas no servirán mas que para enfermarte. Debe gastarse el dinero en cosas útiles que nos hagan falta.

Ese dinero no es tuyo. Tú no debes gastar dinero ajeno. Debes devolverlo á su dueño, porque es suyo, i porque le hará mas falta que á tí.

Averigua quién es el dueño de ese dinero, y dáselo. Si no lo hallas después de mucho buscarlo, repártelo á los ciegos, á los mudos, á los ancianos que piden limosna. Que la suerte favorezca á los necesitados, i no á tí, que nada necesitas.

Luisito oyó estos consejos con respeto, i obedeció á su papá, reconociendo que le había aconsejado bien.

Codos admiraron su buena conducta, i Luisito gozó mas que nadie con la felicidad de los que recibieron una parte de los cinco pesos.



142. — El ahorro.

Ahí están dos vecinos : son Vicente y Serafín.

El panadero les da todos los domingos un centésimo á cada uno. Es un regalo.

Vicente suele ir en seguida al almacén de la esquina, á gastar su centavo en caramelos ó en masitas.

Un día fué Serafín á casa de Vicente con una corbata muy bonita. Vicente, que no tenía corbata, sentía no tener una igual, i quiso saber quién le había regalado la suya á Serafín.

Serafín le contó que él guardaba el centésimo que los domingos le daba el panadero; i que, cuando

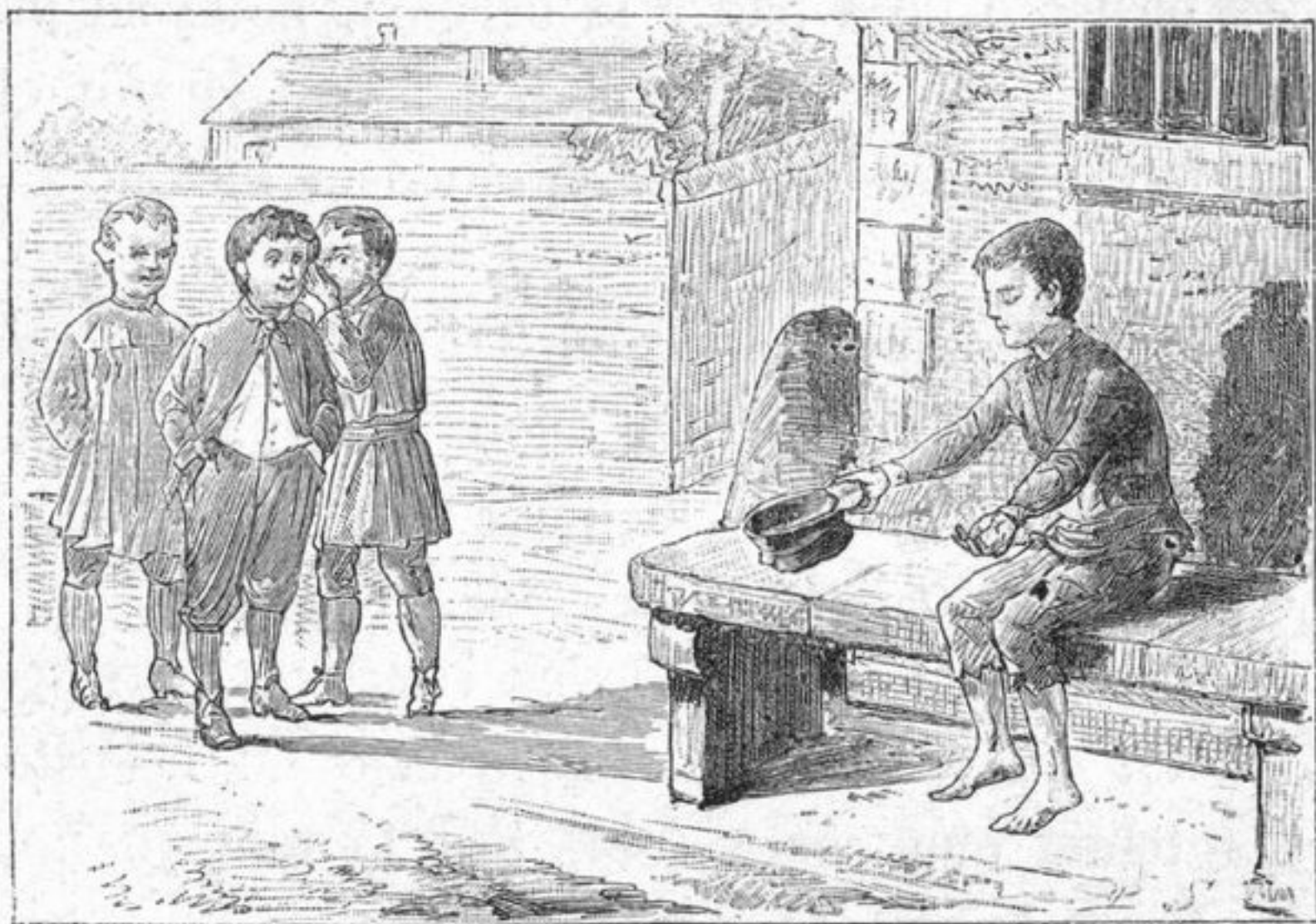
tuvo lo bastante para pagar la corbata, pidió su mamá al tendero que le vendiese una, bonita. Serafín eligió la que llevaba puesta, y ahora andaría luciéndola en los días de fiesta.

Vicente se lamentaba por no haber hecho lo mismo que Serafín; y, como quería también ir paquete á paseo el domingo siguiente, le pidió á Serafín su corbata por un rato; pero Serafín le contestó :

— ¿Me diste de tus caramelos i masitas? Te los comiste solo. Pues ahora usaré yo solo mi corbata. Si quieres tener una como ésta, haz lo que yo he hecho : ahorra lo que te dé el panadero.

Serafín no tenía mal corazón; pero no hizo el gusto de Vicente, por hacerle conocer que los que no ahorran están expuestos á padecer cuando les venga una necesidad.

Vicente, escarmentado con la lección que recibió de Serafín, guardó en adelante el dinero que le daban, i ese dinero le sirvió para muchas cosas útiles.



143. — El falso ciego

¿Veis á ese chicuelo? Está sentado en un banco, con los pies descalzos y la gorra en la mano. Así se pasa ahí todo el día.

Tiene cerrados los ojos. Todo el mundo lo tiene por ciego, sordo i mudo. Se dice que quedó así por causa de un relámpago i de un rayo.

Con la mano abierta i extendida, pide á todos sin mirar á nadie y sin decir una jota. No hay quien no se compadezca de él.

Cierto día se le acercó un muchacho acompañado de

dos mas, i, guiñando á éstos un ojo con malicia, dijo derrepente :

— ¡Una moneda en el suelo! ¿De quién es esta moneda?

No bien acabó el malicioso estas voces, cuando el chicuelo mudo, sordo i ciego respondió mirando á todos lados i levantándose de su asiento :

— ¡Es mía! ¡Es mía!

— ¡Ah! (le dijo entonces el muchacho malicioso :) ¿eres sordo i has oído? ¿Eres ciego i miraste? ¿Eres mudo y conversas? Ya veremos si sigues engañando a las gentes.

El tunante engañador huyó avergonzado, al verse descubierto. Se supo luego en la ciudad lo ocurrido, i todos miraron mal después á quien tantas veces los había engañado con su falsa ceguera.

No hay engaño que no sea descubierto y castigado. El castigo viene tarde á veces, pero nadie se escapa de él.

No engañéis nunca, niños.



144. — La embustera.

Amelia leía de corrido un diario, llamado EL PAÍS. Leía tan correctamente, que daba gusto oírle.

Todos los días leía á su abuelita las noticias.

Amelia tenía una vecinita envidiosa, á quien no le gustaba que alabasen á la buena lectorcita. Un día, en que Amelia acababa de leer lo que decía EL PAÍS, dijo Carmen á la abuelita :

— Señora : sé leer yo también, y leo de corrido. Todos me alaban en casa, tanto como aquí alaban á Amelia. Algunas veces me alaban mas.

— ¿Sí? (respondió la abuela con un tonito particular.)

¡Cuánto me gusta que sepas leer y que te alaben como á Amelia! Yo quiero alabarte también; pero vas á leer antes un poquito en ese diario que está encima de la mesa.

Carmen miró á la abuela un poco turbada; pero, tomando el diario patas arriba, i señalando con el dedo en donde decía « ¡POROTOS! », repuso :

— Aquí dice : « EL PAÍS » : así se llama este diario.

La abuela y Amelia se miraron i se pusieron á reír. Amelia dijo entonces :

— Ahí no dice « EL PAÍS » : dice « ¡POROTOS! » ; y ese diario no es EL PAÍS : es LA REFORMA.

Carmen conoció que había hecho un disparate, i que había dado á conocer su ignorancia. Se puso toda colorada i se fué con la cabeza baja. No volvió en mucho tiempo á la casa, i tuvo en adelante el cuidado de no ser tan embustera.

Nunca debe querer nadie pasar por mas sabia de lo que es.

VIII

145.

La tabla.

El catre.

La regla.

La pluma.

El pliego.

El libro.

Las flores.

La letra.

El cuadro.

El premio.

El trueno.

La plata.

El cobre.

El primo.

El trapo.

El pueblo.

La cabra.

El potro.

El broche.

La piedra.

El padre.

La grasa.

La lágrima.

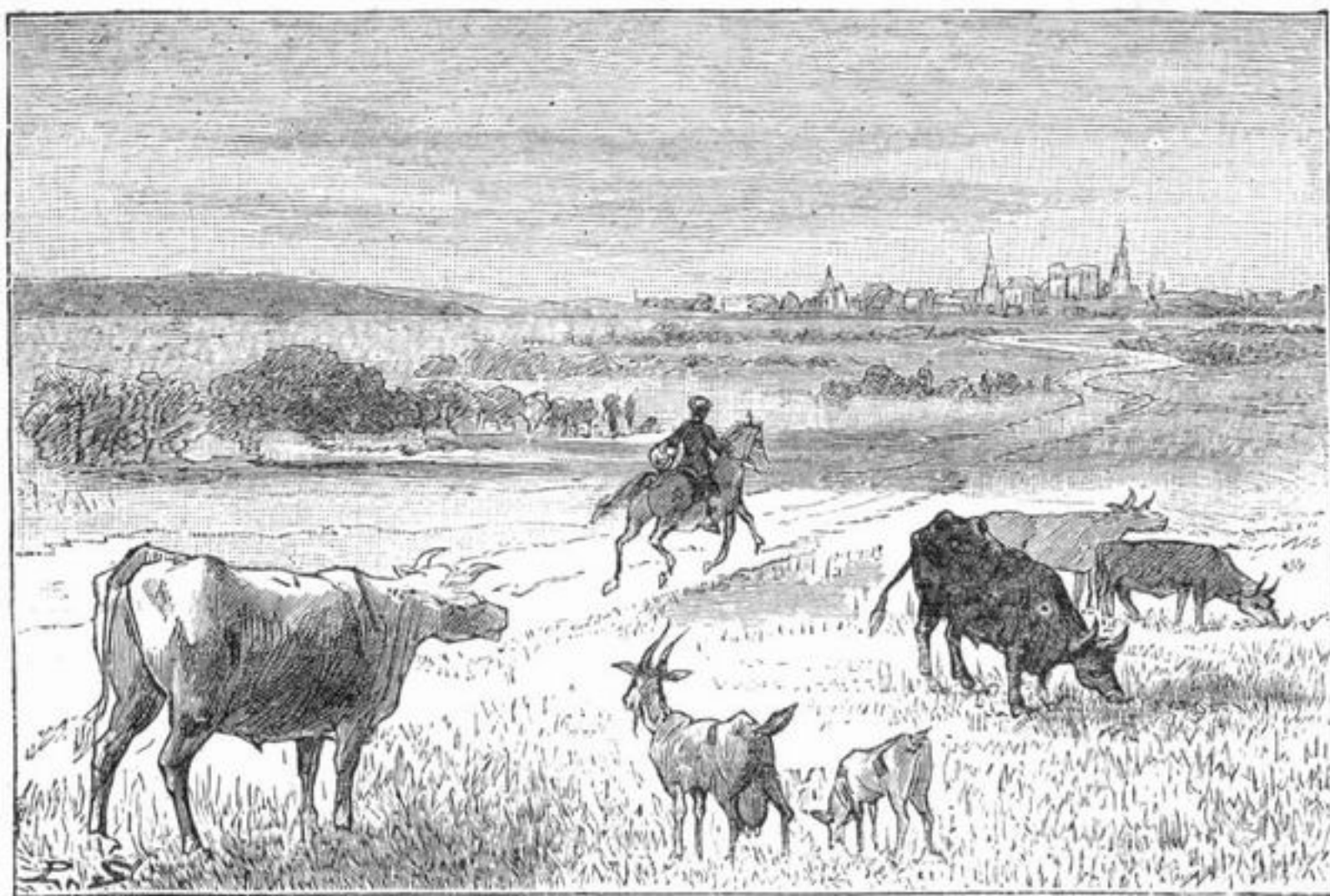
La prueba.

El alambre.

El grito.

La fritada.

La broma.



146. — El pueblo.

Se ve á lo lejos un pueblo, que no parece muy crecido, en el cual sobresalen algunas torres.

Mas acá de ese pueblo se extiende un campo, en el cual no se vé ni una piedra.

Un camino lleva al pueblo. Andan por él siempre carretas, coches i caballos.

Se vé ahora un hombre que va al pueblo á caballo. No debe estar de prisa, porque el caballo va al trote.

Ese hombre lleva sombrero bajo. Algo le cuelga del brazo izquierdo.

Pastan en el campo cuatro bueyes. Uno de ellos es

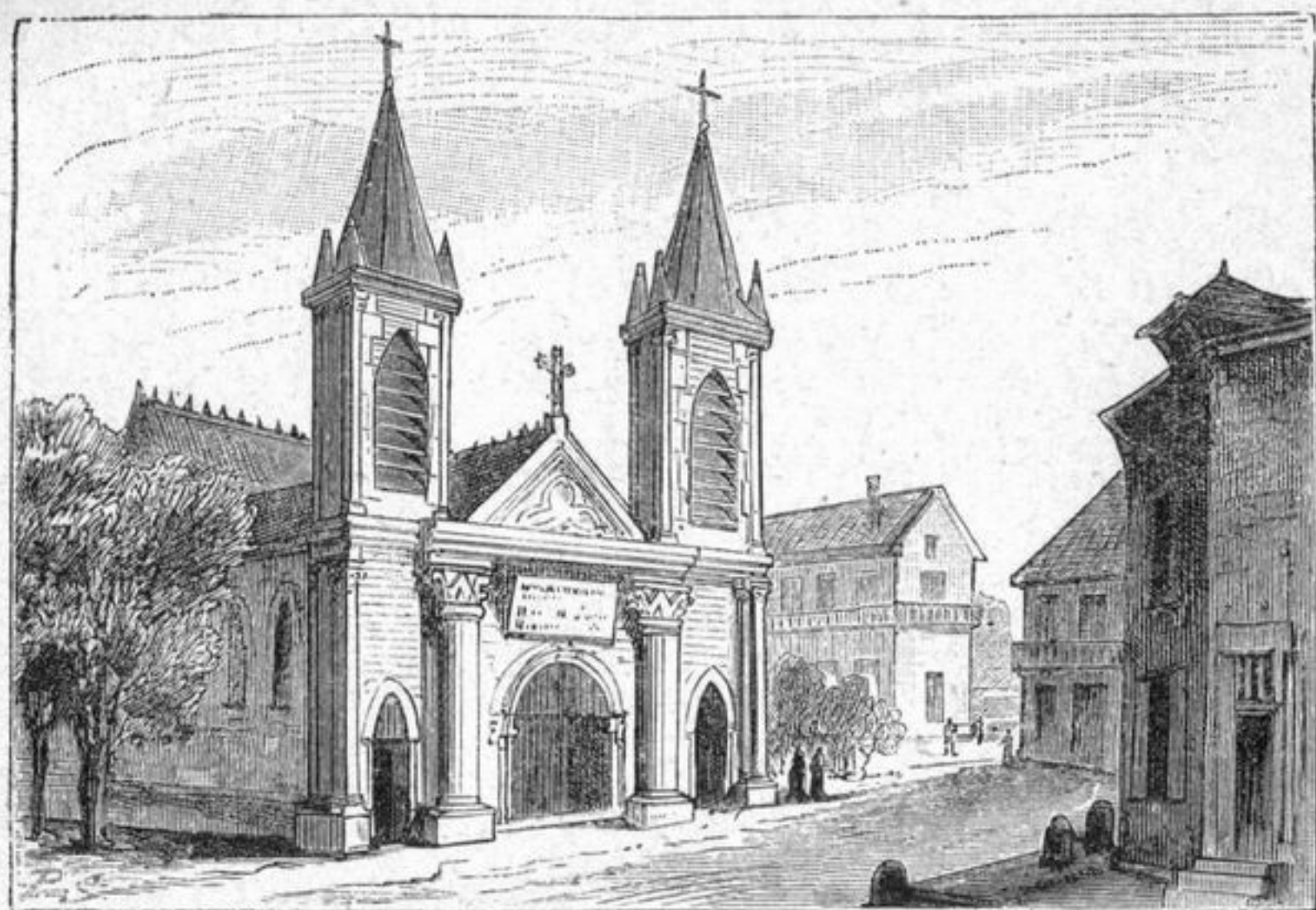
negro. Los demás son de color claro. Ninguno debe ser bravo, pues la gente pasa cerca de ellos sin peligro.

Hay también una cabra i un cabrito. Aquella es sin duda la madre de éste. ¡Qué ubre tiene esa cabra!

Dará de mamar al cabrito i sobraré leche para los hijitos de los dueños.

Los dueños de esos animales viven probablemente en el pueblo.

Parece lindísimo el pueblo. ¡Quién pudiera ir á pasear en él!



147. — La iglesia.

La casa mas alta de la plaza es una iglesia. Está hecha con piedra labrada i con ladrillos.

Tiene una puerta en el centro, y dos mas chicas á los lados. La madera de esas puertas es cedro. Está bien lustrada.

Entre esas puertas hay gruesas columnas que sostienen la cornisa.

Sobre la cornisa se levantan dos torres, en cuyo medio hay campanas, i cruces de fierro en su parte superior.

Entre los dos campanarios se levanta la imagen de

Jesús crucificado. En cada mano y en los pies se ve la señal de los clavos.

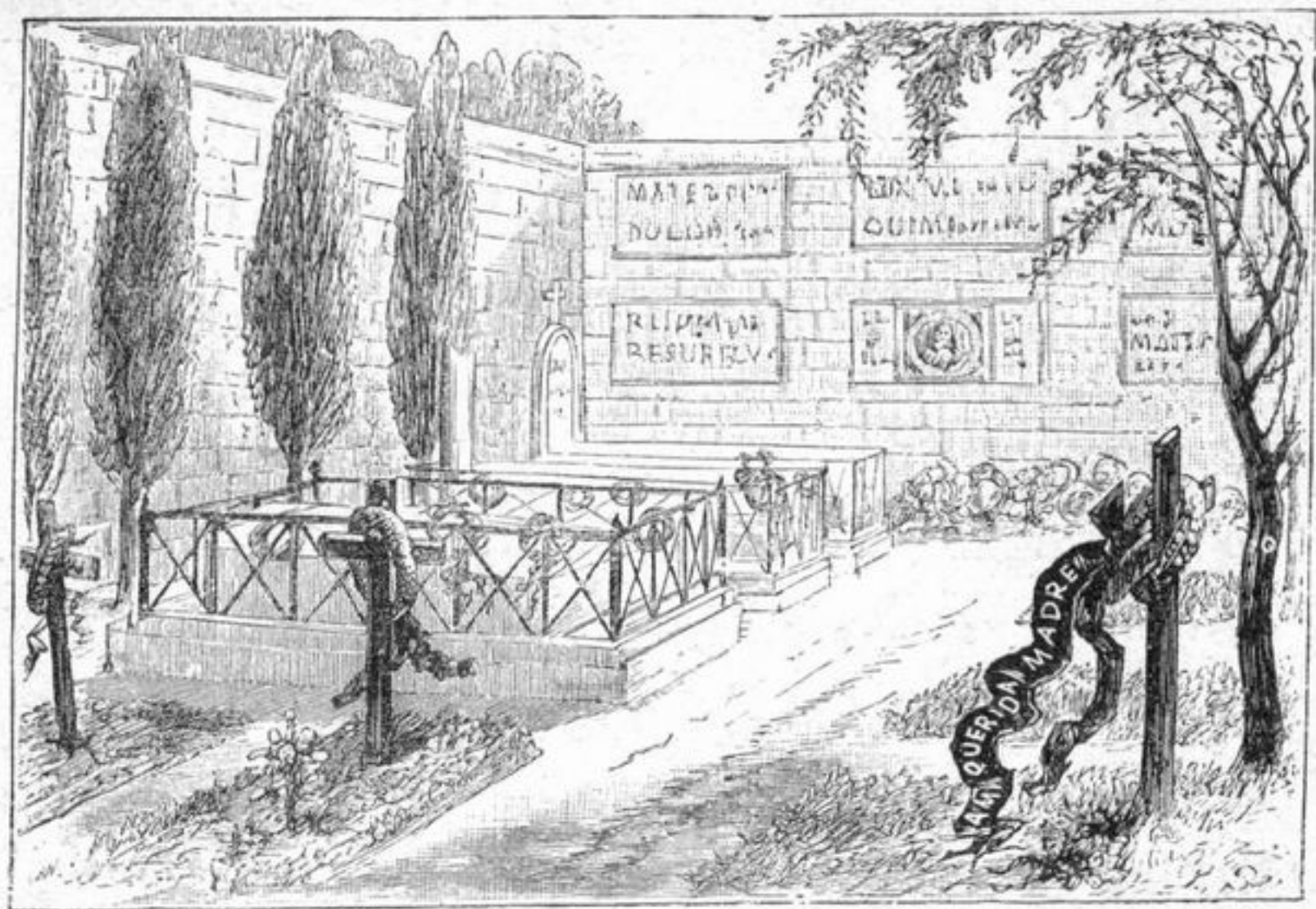
Mas abajo, sobre la puerta del centro, hay un cuadro ó tablero, en el cual está impresa una palabra, ó mas de una, (no se ve bien,) con letra que no se entiende.

Todos los días se oye el sonido de las campanas. Se oye el doble, si alguno muere; i repicar, si llaman á la misa cantada en los domingos.

Cuando llaman las campanas, acude mucha gente. Algunas veces va también la tropa, con sus tambores, clarines y música.

Dentro de la iglesia están de rodillas éstos, de pié aquellos, sentados los de más allá, pero todos en silencio y con muchísimo juicio.

La iglesia merece mucho respeto.



148. — El cementerio.

Hay en este lugar muchas cruces clavadas en el suelo. Esas cruces están hechas con tablitas angostas.

Mas allá se levanta una pared dividida en partes cuadradas. Cada repartición de éstas es un *nicho*. Cada nicho tiene una puerta de piedra.

Este lugar es un cementerio. Se entierran en él los muertos del pueblo. Cada una de las cruces señala el lugar de un muerto; en cada nicho hay varios.

Los parientes de los difuntos ponen flores de todas clases : rosas, claveles, jazmines, violetas, pensamientos, i siemprevivas. Cada familia arregla sus flores de

un modo diferente : una hace coronas con ellas; otra hace ramilletes, otra las desparrama sueltas.

De las coronas cuelga una cinta negra. En la de esa corona que se ve hay un letrero de plata que dice : « A MI QUERIDA MADRE. » Esa corona la puso una hija. Es una muestra de que la hija tiene presente y ama la memoria de su difunta madre.

En un sepulcro se ve un cuadro. Sin duda es el retrato del que está dentro del sepulcro. Habrá sido puesto por su padre. ¡Cuántas lágrimas habrá derramado el pobre anciano!

El cementerio es un lugar en donde no hay nada que alegre. Siempre se encuentra en él alguno que llora.

Respetemos los cementerios.



149. — El primo de Lisandro.

Es de noche. ¿Qué se ve? Muchas estrellas. Pero no se ve la Luna i la noche está oscurísima. El Cielo no parece azul, como de día, y sí oscurísimo. ¿Cosa extraña! ¿Por qué no tendrá el Cielo el mismo color de noche que de día?

Brillan las estrellas. No es igual el brillo de todas : las de mayor tamaño son las mas brillantes. ¿Estarán clavadas en el Cielo? No pueden estar clavadas, porque, ¿quién las habría clavado? Con todo, ¡es admirable que no se vengán al suelo!

Un primo de Lisandro, llamado Claudio, que pensaba

gravemente en estas cosas, quiso un día probar si podría dejar una piedra en el aire, como si fuese una estrella; pero le salió mal la prueba : cayó la piedra sobre un vaso de vidrio i lo rompió en mil pedazos.

Quiso después dejár arreglado el vaso roto, pero los pedazos le cortaron la mano. Salió sangre de la herida y Claudio se desmayó casi.

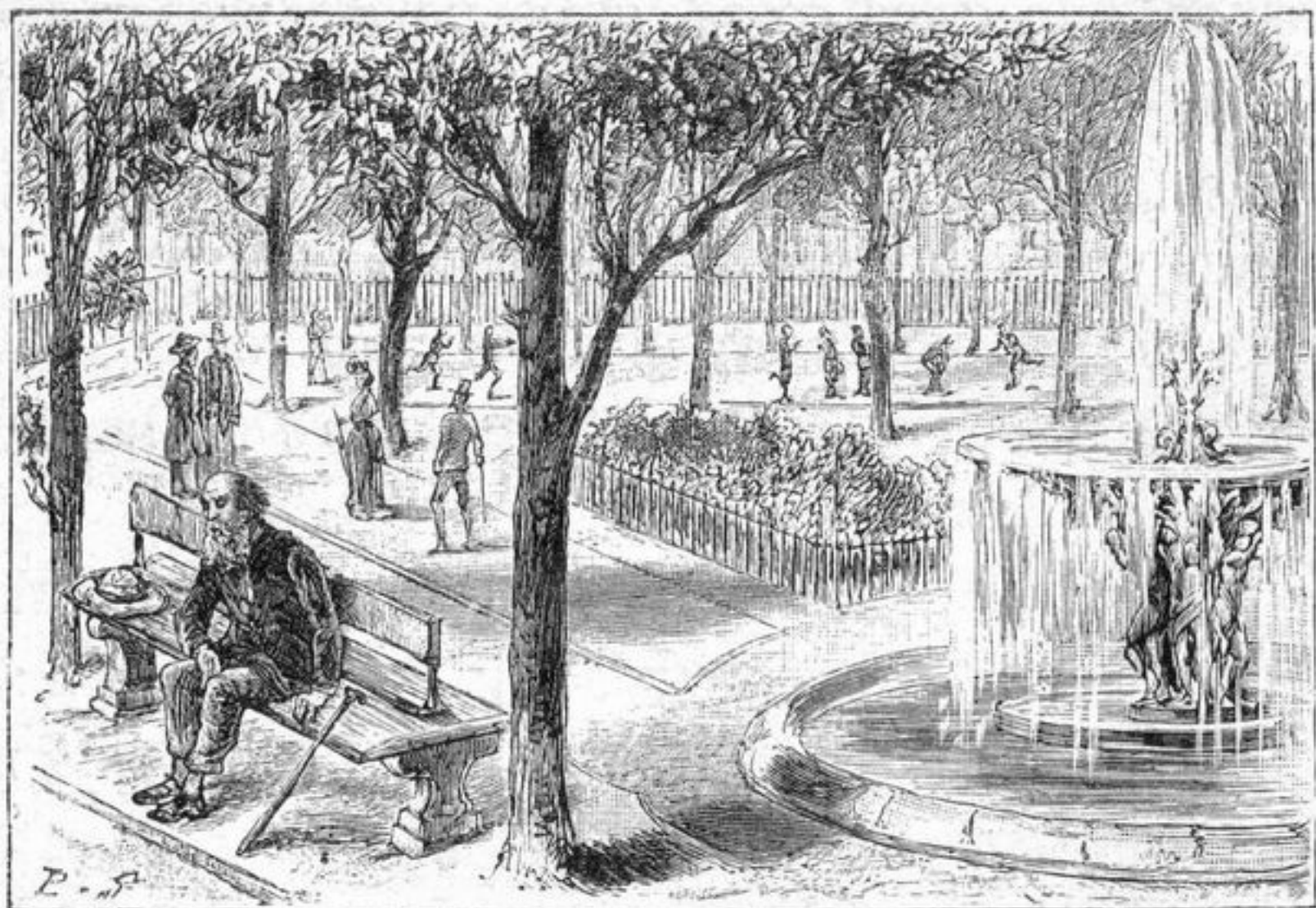
Claudio es tan desgraciado en sus cosas, que siempre le sucede algo desagradable. Por ésto lo creen zonzos algunos al pobre. Lisandro le ha llamado *bruto* mas de una vez.

Pero Claudio no es otra cosa que un buen muchacho, un poco extravagante. A nadie hace daño queriendo. Quiere i sirve mucho á sus amigos. Perdona á todos los que le ofenden ó le ponen algún sobrenombre.

La causa única de su descrédito es que á menudo quiere hacer cosas imposibles, como la de suspender una piedra en el aire, i la de soldar los pedazos de un vaso, i que estos deseos concluyen con alguna desgracia.

Nunca debe quererse lo imposible.

EJERCICIOS : 149. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i períodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar de otro modo las ideas — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



150. — Los árboles.

Estamos ante una plaza, rodeada de hermosas casas, y cruzada de veredas.

Los árboles forman hileras á ambos lados de las veredas, i por éstas anda la gente. ¡Es tan agradable andar por ahí en las noches calurosas i templadas!

Debajo de los árboles hay bancos de piedra, en los cuales se sientan las personas para descansar. En uno de los bancos está sentado un hombre de crecida barba. Ha de ser algún pobre que habrá caminado mucho.

Los árboles de la plaza no dan frutos. ¡Ah, si die-

ran naranjas, duraznos ó pelones! ¡Cómo los comerían los muchachos!

No ponen árboles frutales en la plaza, porque los muchachos comerían verde la fruta i se enfermarían. La fruta verde causa dolores de vientre.

Però esos árboles, si no dan fruta, dan sombra en el Verano, i la sombra agrada y aprovecha á todos en los días de calor.

Muchos niños juegan en la sombra al *Gallo ciego*, á la *Mancha*, á la *Pata-renga*, i á la *Ronga-catonga*. Si no existieran esos árboles en la plaza, ¿podrían jugar los niños fuera de su casa en el Verano?

Ciertamente nó.

Valen mas, pues, en este lugar, los árboles que dan sombra, que los árboles que dan fruta, porque aquellos hacen bien i éstos harían mal.



151. — El libro.

Lo que Alejandro tiene en la mano es un libro. Creo que tiene muchas páginas, porque es bastante grueso.

Sus páginas deben estar escritas con letra de molde, i la letra ha de estar impresa con tinta negra.

Todo libro sirve para que se lea lo que está impreso en sus páginas. La lectura es cosa provechosa, porque hace conocer muchas cosas útiles.

No me explico porqué tiene Alejandro cerrado su libro. Prefiere mirar á unos muchachos que juegan, á leer un rato. ¡Ha de tener tantas láminas ese libro! ¡Tantos i tan lindos cuentecitos se podrían leer en él! ¿Quién puede aprobar la conducta de Alejandro?

¡Si yo tuviera su libro! ¡Si fuera mío! Ya lo habría leído varias veces y lo sabría de memoria. Me parece que ese libro es como uno que tiene Eufrasio, el cual se cierra con un broche lindísimo. En el libro de Eufrasio hay muchas figuras é historias interesantísimas.

Leí en él que un niño, llamado Crisóstomo, abandonado en el campo, se moría de hambre i de frío, cuando una perra lo encontró. Esa perra lo tomó con sus dientes, se lo llevó, i lo crió. Ese niño fué después un hombre rico; y tan agradecido estuvo, que hacía comer á la perra todos los días junto á él, en la misma mesa.

Los criados le servían los platos como al amo, y le daban toda clase de frutas, bizcochos i dulces. Cuando la perra llegó á la vejez i tenía frío, le traían un brasero para que se calentara.

Crisóstomo y la perra murieron casi al mismo tiempo. El pueblo, que había admirado la conducta del animal salvador, admiró también la del hombre agradecido, i levantó á los dos un monumento en la plaza pública, para que siempre se recuerden sus méritos.

EJERCICIOS : 151. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i periodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar de otro modo las ideas. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



152. — El robo descubierto.

Gabriela es una niña preciosa; pero tiene el defecto de gustarle demasiado las golosinas. Gasta en caramelos y en confites cuanto dinero le dan. Si la madre se descuida, toma azucar del azucarero. La madre tiene que guardar bajo de llave todas las cosas dulces, porque Gabriela no las coma.

Pero sucedió un día que, habiendo la buena señora hecho dulce de batatas, i dejado abierto el tarro que lo contenía, para que el dulce se enfriase, entró una visita en este momento.

Gabriela se dijo abriendo tamaños ojos :

— ¡Oh, qué ocasión para mí! ¡Cómo la voy á aprovechar!

Y, en tanto que ésto pensaba, fué á donde estaba el dulce, tomó una batata, la escondió cerca de su cama para comérsela de noche, i arregló el tarro de modo que la madre no conociese la falta.

Todo pasó del mejor modo : la madre no descubrió la mala acción, y Gabriela se acostó, llegada la noche, contenta con la idea de comerse la batata, i de haber engañado a la madre.

Cuando Gabriela tomó á oscuras el objeto de su robo para comérselo, sintió que algo le andaba por la mano. Sentirlo y ponerse a gritar de espanto, fué todo uno.

El padre, la madre, los hermanos, todos los de la casa se arrojaron de sus camas i corrieron con luces al cuarto de la gritona. La encontraron de pié, con la cara pálida, los ojos que le saltaban, los cabellos parados, i sacudiendo como una loca la mano derecha.

— ¡Qué hay! ¡Qué tienes! (le preguntaban todos.)

— ¡Un bicho! ¡Un bicho! (contestaba á las preguntas i seguía sacudiendo la mano.)

Unos examinaron la mano, i la hallaron untada de almívar.

El padre buscó en el suelo el bicho que tanto había

asustado á la niña, y halló la batata dulce, medio comida por los ratones.

El ratón, causa del susto, había huído, y el robo quedaba descubierto, sin haberlo aprovechado Gabriela.

Los hermanos se burlaron de la cobardía de la niña y de su chasco. La madre y el padre le prohibieron el comer dulce durante quince días, como castigo.

Gabriela se corrigió después de esta severa lección.



153. — Lo haré mañana.

Se trabaja en la escuela sin descansar casi, y además da tareas la maestra para que los niños las hagan en sus casas.

Un día dió cuatro problemas; otro día dió el plano de la escuela; i últimamente señaló dos hojas de un libro, en que se hablaba de un pobre muchacho que se cayó en un brasero por ver lo que había en una olla; es decir, por curioso é imprudente.

Es preciso aprovechar el tiempo; pues resulta de lo contrario que no se llevan bien sabidas las lecciones á la escuela.

Pablo tiene amor propio i no le gusta faltar á sus obligaciones. Pero un día, apartándose de su costumbre, se dijo á sí mismo :

— Facilmente podré hacer mañana el trabajo de hoy. Juguemos, pues, i después trabajaremos.

Y se entretuvo en jugar.

Al día siguiente se despertó temprano, se lavó i se vistió, muy dispuesto a trabajar; pero al ir á dar el *buen día* á su madre i á su padre supo que una hermanita se había enfermado gravemente durante la noche, i tuvo que ir á la botica i que hacer mandados que la hermana hacía.

Empleó en esto una buena parte de la mañana, aunque anduvo de prisa; de manera que era ya tarde cuando se entregó á su tarea, y apenas pudo empezarla.

Pablo se dijo entonces con visible pesar :

— Si hubiese cumplido ayer mi obligación no me habría impedido hoy nada la enfermedad de mi hermana. Hice mal, hice mal.

Pablo pasó en la escuela por el bochorno de no saber la lección; pero lo sucedido le sirvió para toda la vida. Desde entonces se decía todas las veces que tenía que hacer algo :

— ¡A trabajar en seguida! porque es posible que mas tarde quiera hacerlo i no pueda.

Codos los niños deben repetir esta expresión de Pablo cada vez que tengan algo que hacer. Nunca deben dejarse los trabajos para mañana, si se pueden hacer hoy; ni para luego, si se puede hacerlos ahora.



154. — La caprichosa.

¿Conoceis á Cipriana? Es una niña, hija única de don Prometeo i doña Clementina, razón por la cual es mimada i consentida por la madre i la madrina.

La rubiecita Cipriana tenía caprichos á menudo. No le gustaban estos caprichos á la madre, pero ella se los perdonaba por no desagradarla.

Un día, en que Cipriana llevaba un vestido de color claro muy lindo, se sentó á almorzar toda la familia, i doña Clementina quiso poner á su niña una servilleta por delante para que no se ensuciara el vestido; pero Cipriana se opuso tanto, que la madre tuvo que obligarla amenazándola.

Cipriana se enojó. Oscureció la mirada; estiró los labios tanto, que parecieron un hocico; i se sentó toda torcida. La madre le sirvió el caldo; ella no quiso beberlo. Doña Clementina le ordenó varias veces que lo bebiera; pero ella se negó á obedecer y dijo por fin que no quería comer.

Don Prometeo, que había guardado prudente silencio hasta entonces, se levantó de su asiento con calma, tomó de una mano á Cipriana, i le dijo :

— Señorita : los que no quieren comer no necesitan servilleta, pero tampoco deben estar en la mesa. Vaya usted á su cuarto.

Cipriana obedeció esta vez sin chistar; mas, a penas dejó su silla, cuando rompió á llorar, al recuerdo, sin duda, de que había pasteles i crema, de los cuales no podría comer.

Se consoló mas tarde un poco por la esperanza de que su buena madre le guardaría algo de cada cosa para la hora de la merienda. Pero su consuelo no duró mucho, pues llegó aquella hora y Cipriana no fué llamada á merendar.

Cuando hubo pasado el capricho se puso a reflexionar, i se dijo :

— *No hay duda : papá puede mas que yo*

i no perdona mis desobediencias. Lo mejor que podré hacer en adelante es obedecer, pues así no perderé la comida, ni el postre, ni la merienda.



155. — El burlón.

Don Braulio tiene doblada por la rodilla una de las piernas i no la puede poner derecha. Por esta causa cojea i anda con muleta. Le quedó así la pierna en una enfermedad.

Don Braulio no puede correr, ni caminar ligero. Es una desgracia, sobre todo porque, como es pobre, necesita caminar mucho para trabajar.

Tulio era muy burlón : se burlaba de todos. Cada vez que veía á don Braulio se burlaba de su pierna, pero cuidando de no ser visto, porque tenía miedo de que le pegasen, desde que un jorobado le tiró con una piedra que le alcanzó en la cabeza.

Una vez que se reía de un tuerto, éste le oyó i quiso pegarle. Tulio echó á correr. Pisó una cáscara de naranja cuando corría, resbaló, i cayó con tan mala suerte, que se quebró un brazo i dió con un ojo en una piedra. Tulio quedó, pues, manco i tuerto.

Creído de que esta desgracia fué un castigo, no se burló desde entonces de los cojos, ni de los tuertos, ni de los que tuvieran cualquiera otro defecto; pero no faltaron muchachos que se burlaran de él.

Sufría mucho por la burla que le hacían i por la que él había hecho antes á los demás desgraciados. Conoció entonces lo malo que es burlarse de las desgracias y se arrepintió para toda la vida.

Nadie está libre de ser desgraciado cuando menos lo piensa. Es necesario que no nos riamos de nadie, si no queremos ser luego el objeto de las burlas de los demás. La burla es una mala acción, y las malas acciones se pagan caras, como pagó Tulio las suyas.



156. — La escuela i la lluvia.

El Cielo está nublado. Las nubes son oscuras.

¡Un relámpago! Casi deja ciega á la gente. En seguida se oye un trueno. Después del trueno cae un aguacero. ¡Qué aguacero! Parece que va á convertir en mares las calles. Corre el agua por ellas con mucha fuerza, i apenas se ven las casas de la otra acera.

Bruno salta de alegría.

— ¡Hoy no iré á la escuela! ¡Hoy no iré á la escuela! (se dice á sí mismo.) Mamá: ¿es verdad que no iré hoy á la escuela? Llueve mucho, y seguirá lloviendo todo el día. Seguro estoy de que no irán los niños, ni la maestra.

— Veremos, hijo (le responde la madre). Puede componerse el tiempo de un momento á otro.

— ¿Y el barro? ¿No ves cuánto barro hay en la calle? No se secará en todo el día. Y luego, si nos enfermamos..... ¿Quieres tú, mamá, que yo me enferme?

— La escuela está cerca y hay buenas aceras.

Así hablaban la madre i el hijo cuando cesó la lluvia i apareció el Sol. Poco después pasó una niña con su pizarra bajo el brazo i el libro i los cuadernos en la mano.

— ¿No ves, Bruno? (le observó la madre.) Ahí va Isidra, que es menor que tú. ¿Serás mas cobarde que esa niña? Como ella irán todas. ¿Querrás que te señalen á tí solo como el único á quien el agua asusta?

— Yo no soy cobarde, mamá. No me asusta el agua. A donde vaya otro iré también yo. Nadie me ganará ni en ésto, ni en nada.

Bruno era orgulloso i fué á la escuela por orgullo. Pero este motivo no tiene mérito. Los niños no deben ir á la escuela por orgullo i sí por que el maestro les enseñe lo que no saben, lo que pueda servirles para trabajar cuando sean mozos.

Los orgullosos no son apreciados por las personas de bien; y por esta causa no tenía Bruno buenos amigos.

EJERCICIOS : **156.** — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i periodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



157. — El cuidado de la ropa.

Hay niñas presumidas que no saben portarse como conviene á su presunción. Clara es una de ellas : no le gusta andar con ropa vieja, pero tampoco sabe cuidar la nueva.

Tenía un vestido que su mamá le había hecho hacía poco tiempo, pero que ya parecía viejo, por que lo había usado de cualquier modo. Clara pidió muchas veces que le hicieran otro. Su madre, doña Prudencia, compró al fin uno muy bonito, y se lo puso diciéndole que lo usase mejor que el anterior.

Pero, apenas se lo puso, fué Clara á jugar con sus vecinas ; i al poco rato, entre gritos i travesuras, lo

manchó de modo que daba lástima. Pensó en seguida que había hecho mal. Corrió á su casa, fuése á su cuarto sin que nadie la viera, guardó el vestido nuevo que acababa de ensuciar, se puso el viejo, y se fué luego á la madre diciéndole con disimulo :

— ¡Mamá! ¿ves? He guardado el vestido nuevo porque no se me ensucie, y me he puesto éste para jugar.

— Muy bien hecho, hija mía, (le respondió doña Prudencia.) Si conservas limpio el vestido, irás á pasear conmigo el Domingo.

Clara sintió alguna inquietud al pensar en la mancha; pero se dijo á sí misma que la ocultaría con los pliegues del vestido, de modo que no la viese la madre.

Esta no había creído mucho á su hija. Fué al armario, vió el vestido manchado, i guardó silencio, como si nada hubiera visto.

Cuando llegó el Domingo se puso Clara muy contenta al ver que el día era hermosísimo, i dió á sus vecinas la noticia de que iba á paseo con su mamá.

Por la tarde dijo doña Prudencia á sus cuatro hijos :
— Niños : voy á pasear dentro de un momento.
¿Quereis acompañarme?

— ¡Sí, mamá!

— ¡Sí, mamá! (respondieron todos saltando de placer.)

— ¿Teneis limpios vuestro vestido?

— ¡Sí, señora! ¡Sí señora! (gritaron al mismo tiempo.)

— Vengan acá esos vestidos.

Dos varones y una niña los presentaron aseaditos i sin arrugas. Doña Prudencia les dijo :

— Está bien; ireis con migo á paseo.

Cuando le llegó el turno á Clara, ésta mostró su vestido del lado que estaba limpio.

— *¿Está igualmente limpio todo? (le preguntó la madre.)*

— *Sí, señora..... Me parece que sí..... (respondió Clara algo turbada.)*

— *¿Me parece? ¿No hay seguridad? Veamos eso.*

La señora descubrió el lado sucio i exclamó :

— *¡Ola! ¡Ola! Señorita descuidada : ¿manchó usted su vestido y quería ser tratada como sus hermanitos cuidadosos? ¿Y quería usted engañarme? No puede sacarse este vestido á la calle sin que se le lave primeramente.*

Lo lavaremos mañana, y se quedará Ud. hoy en casa.

Parecióle á Clara demasiado cruel la resolución de doña Prudencia; pero la experiencia probó que la buena madre hizo lo que debía, pues Clara cuidó sus vestidos en adelante como sus hermanitos.



158. — El saber escribir.

Eufrosia está en su casa. Gregoria viene de visita con la madre.

— ¿Cómo estás, Eufrosia?

— Bien; ¿i tú, Gregoria?

Las dos amiguitas se abrazaron. Poco después juegan á las comadres. Mas tarde Eufrosia muestra á Gregoria sus muñecas i sus demás juguetes, y, por fin, sus útiles y trabajos de escuela. Al llegar al cuaderno de escritura preguntó Gregoria á Eufrosia :

— ¿Te gusta escribir? Veo que tienes buena letra.

— Gracias. Me gusta mucho. Se me pasan sin sentir las horas escribiendo composiciones.

— Pues á mí no me gusta ni un poquito. ¡Palotes i mas palotes! ¿Para qué sirven tantos palotes? Me tienen mas aburrida.....

— No hablarías así, si ya escribieras cartas.

— ¿Cartas? Las niñas no tienen porqué escribir cartas. Mamá y papá saben escribirlas.

— Pero, cuando seamos mayores.....

— ¡Oh! De aquí á entonces..... Oye : no me converses de estas cosas. Los palotes me han llenado. Por nada del mundo escribiría media línea. Odio todo lo que es escribir. ¡Una cosa tan fastidiosa i tan inútil! Otra cosa es la lectura. Eso sí; leo con gusto, pues..... ¿qué dirías si te dijese que estoy leyendo una novela? ¡Qué novela tan linda! Pero, ¿escribir?..... ¡Puf!

Pasaron luego al cuaderno de dibujos.

— En ésto estoy mas adelantada que en escribir (dijo Gregoria siguiendo su charla; i, como queriendo que no la tuviesen por desaplicada en todo, agregó :) Me parece que estoy un poco mas adelantada que tú. Esto sí, me gusta. Tengo unos dibujos muy lindos. ¡Ah, si tuviera aquí mi cuaderno para que lo vieras!..... Podría ir la sirvientita de mamá á buscarlo. Sí, sí, eso es; que vaya..... Pero pienso ahora que es muy chica i que no me va á entender..... ¡Qué lástima!

— Pues dale una cartita, (le indicó Eufrasia con malicia.)

— ¡Una cartita! Muy bien pensado. Pero la escribirás tú.

— ¿Yo?

— Pues. Como yo no sé escribir cartas.....

— ¡Ah! ¡no sabes! ¿Pues no decías hace un momento que no te serviría para nada el saber escribir? Aquí tienes la prueba de tu error. Necesitas escribir ahora, y no sabes. Pues cambia de conducta. Escribe en la escuela con mas empeño, y no necesitarás de mí. No quiero escribirte la carta. Así quedarás castigada, ya que no me mostrarás tu cuaderno, como querías.

Gabriela se echó á reir, tomó á Eufrasia por el brazo y fueron á jugar nuevamente. Pero no olvidó la lección que le dió su amiguita. Se aplicó, llegó á escribir cartas a los pocos meses, i no negó después lo muy útil que es el saber escribir bien.



159. — Un retrato.

— ¿Quién es ese hombre?

— No sé. Es anciano : tiene arrugas en la cara y canas en la cabeza. Usa corto el cabello i el bigote. Es la cara de un hombre respetable.

— Pero, ¿quién será? Debe ser un retrato, porque está en un marco lujoso.

— A mí me parece que no es un retrato. Ha de ser alguna figura que han puesto para adornar la sala.

Así conversaban dos muchachitos hermanos cuando se acercó á ellos la señora de la casa, quien les dijo :

— No, niños : ese cuadro no es una figura cualquiera; es un retrato.

— ¿De quién es el retrato?

— De San Martín.

— ¿De San Martín? ¿Es el retrato de un santo? Los santos no visten así.

— Nó,, (respondió la señora riéndose,) no es un santo; es el retrato de un general, del general San Martín.

— ¡Ah! (exclamó uno de los muchachitos.)

— Mi papá tiene también un retrato, (agregó el otro.) Es el retrato del general Garibaldi.

— ¿Es italiano tu papá, niño?

— Sí, señora. Papá dice que el general Garibaldi es italiano también. Lo quiere mucho, porque, según dice, peleó mucho en favor de los italianos.

Es verdad : el general Garibaldi fué muy valiente i muy patriota. Y tú, ¿qué eres? ¿Eres italiano, como tu padre?

— ¿Yo? ¡No señora! ¡Yo soy argentino!

— ¡Y yo también! (se apresuró á decir el otro niño.)

— Pues el general San Martín es argentino, como tú i como tu hermano.

— ¿Y peleó el general San Martín como Garibaldi?

Peleó mucho, i fué valiente i patriota como Garibaldi.

— ¿Peleó en favor de los italianos?

— Nó : peleó en favor de los argentinos i de la América, i ganó batallas á los enemigos de los argentinos i de los americanos.

— Entonces, ¿debemos querer al general San Martín como papá quiere al general Garibaldi?

— Ciertamente. ¿Amareis al general San Martín? ¿Lo recordareis siempre?

— Sí, señora; amaremos al general San Martín, porque es el general de los argentinos; i vamos á pedir á papá un retrato como éste, para ponerlo en nuestro cuarto, al lado de nuestra cama.

Y fueron los muchachitos á su casa, i entraron gritando :

— ¡Viva el general San Martín! ¡Viva el general San Martín!

El padre aplaudió este entusiasmo de los niños, les contó muchas cosas del general San Martín, i les compró un lindo retrato del héroe americano. Los dos hermanitos están contentísimos con él.

EJERCICIOS : 159. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i períodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



160. — El juego en la calle.

Andrés y Teofrasto salieron un día á pasear. Querían ir á casa de su abuelita, en donde pensaban jugar con varios primos. Llevaban trompos, bolitas, pelotas i otros juguetes.

— Los padres, al darles permiso para que pasaran la tarde en casa de la abuelita, les habían ordenado que anduvieran con juicio.

Andrés era el menor; pero Teofrasto era mas travieso. Al verse en la calle, Teofrasto dijo a su compañero :

— Andrés : nuestros padres nos han dejado libres esta tarde. ¿Quiéres que juguemos un poquito aquí con los trompos?

— Nó, (le respondió Andrés :) ni mamá, ni papá quieren que juguemos en la calle. Jugaremos con Octavio en casa de abuelita. Vamos pronto allá.

Teofrasto no quiso seguir el parecer de su hermano menor. Sacó su trompo i empezó á jugar. En seguida se le acercaron dos muchachos mas i jugaron con él. Teofrasto ganó el trompo á uno de los otros; pero éste, tramposo por costumbre, no quiso pagar lo que había perdido.

Resultó de ésto que los dos empezaron á pelearse á puñetazos. Así, peleando, fueron al medio de la calle; y estaban en lo mas furioso de la riña cuando un coche dió vuelta por la esquina á todo correr. Los dos peleadores quisieron huír al sentirlo; pero Teofrasto no tuvo tiempo : el coche se le fué encima i le aplastó la cabeza.

Andrés llevó la triste noticia á los padres. El i éstos lloraron la desgracia amargamente. Teofrasto fué enterrado al otro día. Asistieron todos los niños de la escuela al entierro. Los llevó el maestro para que viesen cómo se paga el no andar con juicio por la calle.

EJERCICIOS : 160. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i períodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletrear. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



161. — Un culpable honrado.

La historia que voy á contar ocurrió en una escuela, hace algunos años.

Todos los niños habían trabajado con buena voluntad durante la semana, i estaban cansados i deseosos de que llegara el Domingo para jugar, pasear, brincar y correr libremente, sin pensar en los estudios.

Era sábado. No faltaban ya mas que algunos minutos para salir de la escuela. Todos estaban contentos. El maestro los dejó solos un ratito, ordenándoles que se estuviesen quietos i callados. Cuando lo suponían lejos, uno de los niños, dominado por su alegría, gritó con todas sus fuerzas :

— Amigos : ¡viva el Domingo!

No bien dió esta exclamación cuando entró el maestro como un rayo, con la frente fruncida i los ojos sombríos.

— ¿Quién dio ese grito? (preguntó dirigiéndose a toda la clase en general.)

Nadie respondió.

— ¡Quién es el que ha gritado! (volvió á preguntar con expresión de amenaza.)

Todos siguieron callados.

— ¿No me responde nadie? ¿Nadie me obedece? Pues en penitencia todos. ¡A escribir en los cuadernos, hasta que se me diga quién es el que gritó!

Los niños obedecieron sin murmurar una sola palabra : se repartieron los cuadernos i comenzó la penosa tarea, escribiendo un renglón tras otro renglón.

Mientras ésto sucedía, el niño culpable veía con poca tranquilidad el injusto sufrir de sus compañeros, pues comprendía que su imprudente grito, y el silencio que después guardó, eran la causa de que todos hubiesen sido condenados. Se puso triste, i pronto empezó á reprocharse el continuar callado por temor de un castigo que él solo merecía. Poco después se puso resueltamente de pié i, dirigiéndose á su maestro, le dijo :

— Señor : si el culpable de todo esto no ha respondido á las preguntas de Ud., ha sido por temor del castigo que le esperaba ; pero ahora que todos son castigados por él, debe hablar.

— ¿Y quién es ese caballero que tan mal se porta?

— Soy yo, señor.

Toda la clase se sorprendió por este acto de honradez y de franqueza.

El maestro no se sintió menos impresionado. Comprendiendo cuanta bondad habia en el corazón de aquel niño, premió el arrepentimiento i la nobleza de su proceder perdonándole la falta.



162. — La policía.

¿Será un militar ese hombre que se ve en la lámina? Viste como los militares, lleva un cinturón de cuero i de ese cinturón le cuelga un machete.

Suele estar parado en la esquina. A veces se pasea de un punto á otro, pero sin hablar con nadie i sin entrar en ninguna parte, ni alejarse mucho de su puesto. Ese hombre no es un militar; es un celador de policía.

Los niños no se le acercan. Le tienen mucho miedo, porque creen que el celador es un hombre malo que lleva á todos los muchachos á la policía.

Cruz, el mas chico de esos dos muchachos que se

ven, era uno de los que pensaban así de los celadores; pero pronto se convenció de su error.

Estaba esperando tranquilamente á que llegara un tranvía para subir á él, cuando se le acercó Troncoso, que venía chiflando.

— ¿Préstame eso que llevas en la mano? (dijo señalando un juguete de cristal que Cruz tenía en la mano.) Cruz no quiso prestárselo, por temor de que Troncoso se lo robara ó rompiera.

— Préstamelo. Lo tendrás en seguida, (repitió el muchacho.)

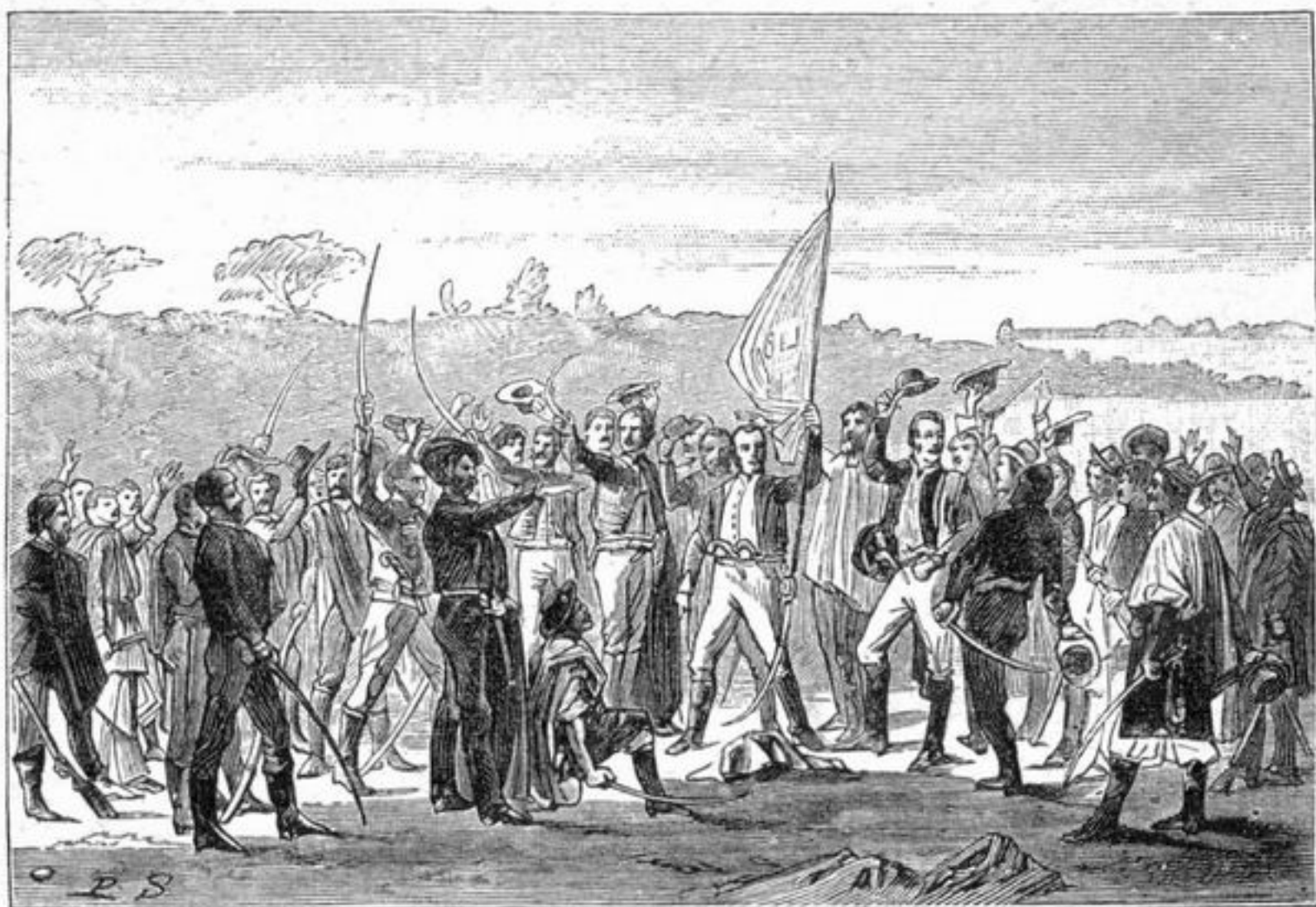
Pero Cruz le negó de nuevo el juguete de cristal.

Troncoso, que se había hecho el bueno al principio, concluyó amenazando. Cruz quiso entonces entrar en un almacén inglés que había cerca, pero Troncoso lo alcanzó de un brinco i empezó á darle trompadas con el puño cerrado.

Como el pobrecito Cruz era chico i el otro grande, no podía aquél defenderse. Pero en ese mismo momento vino corriendo el celador por cumplir su deber, tomó á Troncoso de un brazo y lo llevó preso á la policía, librando á Cruz de un mal rato.

Cruz comprendió entonces que los celadores defienden á los niños buenos y llevan preso á los malos, i los trató desde entonces con franqueza i sin temor.

EJERCICIOS : **162.** — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar de otro modo las ideas. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.



163. — Los Treinta i tres.

Tenemos aquí varios hombres que están en pié. Detrás de ellos hay muchos árboles que forman un monte. Este monte está en la orilla de un río. No se ve pueblo, ni casas.

¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué hacen ahí? Todos tienen espadas ó sables, pistolas ó fusiles, o grandes cuchillos. Algunos visten de militar, otros no. Hay quienes están vestidos de pantalón, chaqueta y poncho, i quienes están en mangas de camisa. Hay también algunos cuyo traje es de gaucho. Varios llevan botas largas; no faltan quienes estén descalzos. Hay hom-

bres de todas clases : militares i paisanos, gentes de la ciudad i gentes del campo.

¡Cosa que llama la atención! El hombre del centro tiene la cabeza descubierta, alza la bandera con una mano i con la otra señala el suelo. Parece que está hablando. Los otros levantan un brazo ó el sombrero. Se diría que gritan todos al mismo tiempo, como si respondieran entusiasmados á lo que les dice el que está en el centro, y que parece el principal.

¿Quiénes son? ¿En donde están? ¿Qué hacen? ¿Qué dicen? ¿Qué gritan? Contémoslos : uno, dos, tres, cuatro..... Son treinta y tres. ¿No habeis oído hablar de los *Treinta i tres*? Son famosos. Los teneis ahí, en ese cuadro. Vienen á pelear en favor de sus paisanos, los orientales. Los principales salieron de Buenos-aires, cruzaron de noche el río Uruguay en botes, sin que nadie los viera.

El del centro es el jefe de todos : se llama Juan Antonio Lavalleja. Al pisar el suelo de su patria dice á sus compañeros que, guiados por la bandera que tiene en la mano, deben pelear hasta vencer al enemigo ó hasta morir. Todos juran que vencerán ó morirán. ¿Lòs veis? Están jurando.

Pelearon después como bravos. Algunos murieron

mientras duró la guerra; los demás siguieron peleando juntamente con los muchos orientales que se les unieron, i triunfaron en las batallas.

No vive ya ninguno de los Treinta i tres : todos han muerto; pero no los olvidan los orientales : los recuerdan con admiración, les están agradecidos, i les cantan i les levantan monumentos, para que sean recordados, admirados i amados en todos los tiempos.

Alabado sea su patriotismo, i honrada su memoria.



164. — ¡Qué aplicación!

¿Quiénes son esa señora i esas niñas? La señora es la maestra doña Próspera; i las niñas son sus discípulas.

Doña Próspera se parece á muchas maestras en que señala tareas muy largas para que las niñas las hagan en sus casas. Las niñas aplicadas trabajan tanto, que no juegan nada, comen de prisa i duermen poco; pero, á pesar de ésto, van á la escuela con las lecciones mal sabidas casi siempre.

Sin embargo, una niña, llamada Priscila, se hacía notar porque daba siempre bien sus lecciones. Sus padres la admiraban al ver que las aprendía casi sin es-

tudiarlas. Mas de una compañera tenía envidia de la facilidad con que lo sabía todo, y la maestra la señalaba, á los que iban de visita, como la mas adelantada de la clase.

Pero, un día notó doña Próspera que Priscila miraba para abajo al dar su lección de memoria. Desconfió algo la señora, vino de pronto, y encontró á Priscila con el libro abierto. Se descubrió así que Priscila daba mejor que nadie sus lecciones, sin estudiar en su casa, porque, cuando le preguntaba la maestra, las leía en el libro.

— ¡Ola! picarona, (le dijo doña Próspera :) ¿es así como se luce usted en la clase? ¿Es así como ha engañado Ud. á todos? Pues la clase entera debe conocer su gran habilidad. (Y, cambiando de tono, agregó :) Quédate sentada como estás, con el libro abierto sobre la falda. ¡Todas las demás en pié! ¡Un paso á fuera del asiento! ¡Marchen á pasar por delante de esta señorita modelo!

Todas las niñas se pusieron en marcha : pram, pram, pram, pram....., y pasaron, unas tras las otras, por delante de Priscila y de su libro abierto.

Priscila lloraba á mares con la cabeza baja de vergüenza.

Cuando todas las niñas pasaron por su lado y volvieron á ocupar sus asientos, doña Próspera llamó á la mas chiquita i atrasada i le ordenó que preguntara á Priscila sobre las lecciones de toda la semana. Priscila no pudo responder á ninguna pregunta. Se vió entonces que era la mas atrasada de todas.

— Señorita; (le dijo doña Próspera delante de toda la clase :) ha ocupado Ud. hasta ahora el puesto de preferencia, porque se la creyó la mas adelantada. Pero, como se ha descubierto que es Ud. la que sabe menos, vaya al último de los asientos : ¡allá, á la cola!

Este castigo fué tan grande, que Priscila no volvió jamás á hacer lo que había hecho. Estudió las lecciones cuanto pudo i las dió sin mirar el libro.

El ejemplo de Priscila debe aprovechar á todos los alumnos, si no quieren que su maestro les haga sufrir tan grande bochorno.



165. — La niña modesta.

Se acercaba el tiempo de los exámenes : faltaban solamente tres meses. La directora de una escuela de niñas ordenó que las maestras de las clases dieran á sus discípulas alguna labor, para presentarla el día del examen.

Una de estas maestras preguntó en alta voz á las niñas qué labor querían presentar. Todas pensaron. Una respondió que bordaría una flor; otra contestó que haría un adorno para un candelero de bronce que tenía su padre; otras prefirieron otros trabajos. Quedaban dos niñas pobres, pero muy adelantadas, que nada habían manifestado : eran Hersilia i Justina.

— ¿Y vosotras? (preguntoles la maestra.) ¿No pensais presentar algo?

— Yo, (dijo Hersilia,) estaba pensando qué haría. Presentaré una papelera bordada con seda i oro.

— ¿Y tú, Justina?

— Yo, señora, (contestó como avergonzada,) haré un vestidito para mi hermanita.

— Muy bien,

Todas empezaron á ocuparse de sus tareas. Justina recibió de su madre el género necesario para el vestido; un generito de lana, de poco precio, pero bonito. Hersilia pidió terciopelo fino, oro, seda de diferentes colores, y un bastidor. Los padres se negaron al principio, porque no podían gastar tanto; pero Hersilia los obligó, diciéndoles que la maestra la pondría en penitencia, si no llevaba á la escuela cuanto pedía.

Llegado el momento del examen, Justina presentó su vestido muy bien cortado i cosido, con unos adornos sencillos, pero vistosos; i Hersilia entregó su lindísima i valiosa papelera. Las examinadoras elogiaron las dos obras, como que estaban muy bien hechas. Pero en seguida preguntaron á Hersilia :

— ¿Para quién es esta papelera : para tu padre?

— No señora : mi padre me dijo que no la necesita i que es demasiado lujosa para él.

— ¿Qué harás de ella, pues?

— No sé lo que hará mamá. Supongo que la guardará para mostrarla á sus amigas.

Luego preguntaron á Justina :

— ¿Y tú? ¿Para quién has hecho este vestido tan bien trabajado?

— Para una hermanita á quien le hacía falta.

Los examinadores declararon que los trabajos de Justina i de Hersilia eran los dos mejor hechos; que su mérito era igual; pero que Justina merecía el primer premio, porque había preferido hacer una cosa útil á la familia, mientras Hersilia había preferido una cosa lujosa é inútil por vanidad.



166. — Dos cartas.

Ernestina..... ¿Sabéis quién es Ernestina? Es una muchacha tan traviesa i juguetona, que no pasa ni un día sin que haga algo inconveniente.

Tuvo que faltar á la escuela durante tres ó cuatro días, por haberle brotado en la nariz un nacido que la afeaba mucho, i que necesitaba cataplasmas para madurar. Pasó regularmente el primer día; pero ya el segundo se aburrió por no tener con quién jugar, y el tercero temprano escribió, á su amiga i condiscípula Hortensia, esta carta :

Mi querida Hortensia :

Hace dos días que mi nariz no me deja salir de casa. Mamá le pone emplastos y cataplasmas, pero la nariz no mejora. El dolor me hace rabiar. ¡Y estoy tan fea.....! ¡Nariz infame! Me trastorna.

Lo peor es que nadie ha venido á verme i que no tengo con quién jugar. Parece que hubiera un complot contra mí.

Hoy es Viernes. ¿No vendrás tú á acompañarme un rato? La mañana está hermosísima. Podrías estar conmigo hasta la hora de almorzar, e ir después á la escuela.

Si no tienes aprendidas las lecciones, le dirás á la maestra que tu madre te ha tenido ocupada. Juiciosa i cumplidora como eres, harás creer facilmente en tu mentira.

Ven, pues, mi querida Hortensia, i habrás hecho una obra de caridad. No seas mala conmigo.

Ernestina.

Hortensia recibió la carta, la leyó, pensó un momento, i respondió del siguiente modo :

Mi querida Ernestina :

Sabia que tu nariz no te deja tranquila, y he tenido vivo deseo de acompañarte; pero las tareas de casa i de la escuela no me han dejado un momento libre.

Si pudiera ir hoy, sería mayor mi alegría que la tuya; pero es imposible : tengo que escribir una composición, que dibujar un mapa, i que resolver tres problemas. Estos trabajos me ocuparán toda la mañana.

No me parece bueno el consejo que me das : si no aprendiese estas lecciones, sabría menos de lo que sabré estudiándolas; i si además mintiese á mi maestra..... ¡Oh, amiga mía! Esto es imposible. ¿Cómo quieres que yo me haga culpable de acciones tan feas? Bien merecería que mi nariz me tratara como te trata la tuya, si te obedeciera. ¿Y tu con=

ciencia? ¿No te diría tu conciencia que has hecho mal en aconsejarme tales cosas?

He pensado algo mejor. Pediré permiso á mamá para hacer esta tarde las tareas que en la escuela se me señalen para mañana, é iré mañana temprano á acompañarte hasta la hora de almorzar.

Así nos divertiremos, y ni tú, ni yo habremos faltado á nuestros deberes.

¡Hasta mañana, pues, querida mía!

Hortensia.

Hortensia cumplió su palabra. La madre le dio un cariñoso beso cuando supo lo que había contestado á Ernestina, i le dijo :

— Has hecho bien, hija mía. Se puede ser buena amiga sin faltar al deber i sin mentir.



167. — La chismosa.

Cristina, Tránsito i Beatriz eran cuatro vecinas que desde mucho tiempo antes se reunían todos los días para jugar, para estudiar i para ir á la escuela. Eran amiguitas muy buenas, que nunca habían tenido un enojo. Se querían con tanto cariño como si fueran hermanas.

Vino, hace poco, una familia á vivir en el mismo barrio que ellas. Había en esa familia una niña llamada Francisca, que pronto fué recibida con agrado por sus buenas vecinitas.

Se trataron muy bien durante algunos días; pero se notó luego que Beatriz se había enojado con Tránsito,

i poco mas tarde Cristina con ambas. El enojo fué tal, que no se hablaban, ni se miraban en la calle, ni en la escuela.

Francisca seguía, sin embargo, siendo amiga de las tres.

¿Cuál era la causa de ese resentimiento? La maestra, queriendo conocerla, llamó á las cuatro niñas que figuran en esta historia. Preguntó primeramente á Beatriz :

— ¿Estás enojada con tus amigas de tanto tiempo?

— Sí, señora : han sido unas pícaras conmigo.

— ¿Cómo puedes decir eso, niña?

— Le han contado á Francisca que yo robé una vez en la escuela el libro de una niña i que fuí castigada por eso. Sabe Ud. señora, que ésto no es verdad. Yo no hubiera pensado jamás que mis amigas eran capaces de calumniarme así. Son malas; sí, ¡son muy malas!

Y Beatriz se echó á llorar. Cristina y Tránsito se miraban pálidas y asombradas. Francisca parecía estar intranquila.

— ¿Cómo sabes eso, Beatriz? (le preguntó la maestra.)

— Francisca me ha contado todo.

— Niñas : ¿habeis dicho tales cosas de Beatriz á Francisca?

Todas respondieron á gritos que nada habían dicho. Francisca bajó la cabeza.

La maestra preguntó á Cristina i a Tránsito porqué se habían enemistado. Las dos refirieron que sus amigas habían hablado mal de ellas á Francisca.

— ¡Siempre Francisca! (exclamó la maestra.) ¿Qué dices tú, Francisca? ¿Es verdad que te han contado tan malas cosas de estas niñas? ¿Es verdad que has estado diciendo chismes á unas y á otras?

Francisca no contestó; pero como la maestra la obligara á hablar, declaró llorando que había mentido, que nadie le había referido nada malo de las tres amigas.

Se descubrió así que Francisca era una chismosa.

Las tres amigas se abrazaron contentísimas i siguieron tratándose con mas cariño que nunca; pero separaron á Francisca de su compañía para siempre. La maestra castigó á la chismosa. Ninguna niña de la escuela jugó después con Francisca. Al contrario, todas huían de ella.



168. — Una casualidad.

Se decía que don Constantino Comellas era el hombre mas rico de la ciudad. Sus padres lo habían instruído bastante; i, como no le faltaba inteligencia, ni constancia en el trabajo, llegó, venciendo obstáculos de todas clases, á ser uno de los primeros comerciantes del país.

Don Constantino tuvo hijos. Uno de ellos, Pedro, era malquerido por su caracter altanero, por la insolencia con que trataba á todos los que consideraba inferiores á él.

Guillermo, un joven humilde i honrado, muy cumpli-

dor de sus deberes, que don Constantino tenía á su servicio, era la víctima principal de los crueles tratamientos de Pedro.

Un día éste le arrojó á la cara un instrumento de abrir cajones. Guillermo, cansado de sufrir, se presentó á don Constantino i le dijo que no podía seguir sirviéndole por mas tiempo.

— ¿Está Ud. decidido á dejarme?

— Sí, señor, y al instante, aunque lo siento mucho.

— Lo siento yo también.

Y don Constantino le pagó sus sueldos, i le dió además un regalo de cien pesos, por su buen comportamiento.

.

Transcurrieron desde el suceso que se acaba de narrar algunos años, sin que se supiese de Guillermo otra cosa que su alejamiento á puntos desconocidos.

Durante esos años tuvo don Constantino grandes pérdidas en su negocio, se vió reducido á la pobreza i murió de pena.

Sus hijos tuvieron que buscar trabajo para vivir y se colocaron como pudieron. Pedro, siempre altanero i malquisto con todos, se fué lejos de la ciudad, ya por no sufrir el bochorno de desempeñar un empleo hu-

milde en presencia de las personas á quienes había ofendido con su orgullo, ya porque la falta de amigos le hubiera dificultado el hallar alguna ocupación.

Anduvo por lugares desconocidos, pasando crueles miserias, porque no encontraba empleo de su gusto, ni quería aceptar los que le ofrecían.

Al fin llegó á un gran almacén, casi muerto de hambre, desnudo i sucio, y pidió por favor algún trabajo. Se lo dió el administrador con tono áspero, destinándolo á trasladar cajones y barricas i á cargar carros.

Pedro empezó su nuevo oficio sin mucha afición, aunque deseoso de dejar contentos á sus superiores; pero, como no lo sabía, tuvo que sufrir las burlas de los otros empleados i los retos brutales del capataz. Pasaba una vida amarga. Tuvo la idea muchas veces de salir de aquella casa; pero le contuvo el temor de no encontrar otra.

Un compañero, mas caritativo que los demás, le dijo un día que el capataz había resuelto despedirlo por inútil.

Pedro quiso morirse de desesperación. Lloró á solas toda una noche. Pensó cómo podría librarse del peligro que le amenazaba; mas, como estaban en lucha su desgracia i su orgullo, desechó uno tras otro mu-

chos pensamientos, hasta que se persuadió de que no le quedaba otro medio que el de pedir al dueño del almacén alguna consideración. Le dijo, pues, cómo había sido rico, cómo había venido desde lejos, cual era su estado, cómo trabajaba i cómo lo trataban; que todo lo había sufrido en cambio de la comida que le daban; i que, como si tanta desgracia no fuera bastante, lo amenazaban ahora con expulsarlo. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? Pedía clemencia.

— ¿Cómo se llama Ud? (le preguntó el dueño de la casa con tono bondadoso después de haberlo escuchado con visible interés.)

— Pedro Comellas.

Su superior lo miró con asombro.

— ¿Pedro Comellas! ¿Es Ud. hijo de don Constantino?

— Sí, señor.

— ¿Aquél Pedro que tanto me hizo sufrir?

Pedro, á su vez, clavó sus ojos sorprendidos en el que así le hablaba.

— ¿Yo?..... ¿Yo?..... ¿A Ud.?..... ¿Le he hecho sufrir á Ud.?

— ¿No me reconoce Ud.? Soy Guillermo.

Pedro cambió de color; se puso transparente. Hubo

un instante en que no supo lo que le pasaba. Creyó que se desmayaba. Tanto fué su dolor al ver que pedía un favor á quien tanto daño había hecho. ¿Qué debería esperar de él, sino odio i venganza?

Guillermo adivinó estos pensamientos i temores, se compadeció de las humillaciones que habían lastimado el orgullo de Pedro, i, tendiéndole amistosamente la mano, le dijo :

— Ya ve Ud. que la suerte es inconstante : hoy está Ud. en la desgracia i yo en la ventura. No soy rencoroso. He olvidado el mal que Ud. haya hecho al Guillermo de otros tiempos, i solo recuerdo cuanto deseé en mi pobreza la mano de un protector, para ofrecérsela a Ud. ahora. Será Ud. el segundo guarda-libros de mi casa desde ahora, con cuyo sueldo podrá Ud. vivir perfectamente. Veremos cómo mejora Ud. su posición mas adelante. Por ahora es Ud. mi amigo.



169. — Quiero ser maestro.

Pascual se distinguió desde muy joven por su afición á usar palabras raras ó sonoras. Siempre que oía alguna que tuviese estas cualidades, la repetía en voz baja hasta aprenderla de memoria, i después la empleaba cuanto podía.

Así, no tenía todavía diez años, i ya decía « que transpiraba, » cuando sudaba; i pedía permiso « para transponer el umbral de la puerta de calle, » si deseaba salir á la acera.

Como vivía en un pueblo pequeño, en el cual no ha-

bía librerías, obtuvo de su padre que le trajesen de la ciudad mas próxima un diccionario de la lengua i varios libros de ciencia. Al poco tiempo se le tuvo en el pueblo por la persona mas sabia; tan sabia, que no conseguía nadie entenderle la mitad de lo que hablaba.

Esta fama animó á Pascual á buscar en el diccionario nuevas palabras inusitadas por el vulgo i á adquirir nuevos conocimientos; i los que así adquirió después le hicieron creer que la naturaleza lo había destinado para enseñar á los ignorantes; por manera que, apenas cumplidos los dieciocho años, se fué á la ciudad decidido á dar examen de maestro.

Cuando los examinadores le preguntaron acerca de la enseñanza del lenguaje, repitió mucho que una de las primeras necesidades era hablar « con perspicuidad, » i abstenerse de usar palabras vulgares, porque obstaban á la formación de sentimientos cultos.

Y, como se le pidiera que escribiese algo sobre el aire, compuso este trozo :

« Las corrientes atmosféricas que entran por los intersticios de puertas y ventanas exponen á tomar un
« constipado; por lo que deben preverse estos accidentes con perspicacia i obrarse con circunspección,
« para que los elementos externos no conspiren contra

« la salud, á la manera que lo hacen respecto de los
« que inconscientemente se exponen á su influjo en
« toda circunstancia. »

Los examinadores se miraron de modo extraño cuando oyeron la lectura de este período. Luego le ordenaron que diera una lección á varios niños pequeños, i la dió así :

— Niños : ¿me conocéis?

— No señor.

— Pues haceos la cuenta, por abstracción, de que soy un maestro (aunque poco inspirado) de este instituto, i de que debo cumplir mi deber de modo que el director no tenga nada que reprocharme al inspeccionar mi trabajo. Necesito para ello que prestéis la mayor atención, una atención constante, al asunto á que voy á circunscribirme. ¿Me prometeis ser atentos?

— Sí, señor.

— Si, señor; estaremos atentos.

— Bien, pues. Tenemos aquí un mapa del Universo. Aparecen en él la cordillera de los Andes i el océano Atlántico. ¿Cuáles son los países transatlánticos i los transandinos, para los que viven en la República-argentina?

Los niños se miraron como preguntándose entre sí qué querían decir las palabras del maestro.

— ¿Nadie responde?

Se prolonga el silencio de los niños.

— ¡Es extraño! Respóndeme tu, niño.

— Señor, no he entendido la pregunta.

— ¿No? ¡Y tan sencilla como es!

Pascual tomó entonces un puntero i señaló con él los países transandinos i los transatlánticos. Después agregó :

— ¿Veis? Se ven los Andes en perspectiva, i por este otro lado el océano. Los pueblos transatlánticos, adscritos al África, al septentrión de esa línea transversal que significa el Ecuador, adoran mónstruos y son supersticiosos. De ahí.....

Los niños empezaron á bostezar. Los examinadores se apresuraron á exclamar :

— Basta, basta, don Pascual. Conocemos ya á cuánto llega su saber.

Quedaron solos, conversaron un poco, i luego pronunciaron todos este voto :

— Don Pascual no sirve para maestro ¡Reprobado!

Los niños, por su parte, habían resuelto cosa parecida, diciéndose estas sencillas palabras :

— No le entendemos ni una frase.

Pascual era un pedante, i los pedantes caen en ridículo, cuando no se hacen despreciables.

Consejo Nacional de Educación
CONSEJO DE EDUCACIÓN PRIMARIA
MUSEO PEDAGÓGICO
"José Pedro Varela"

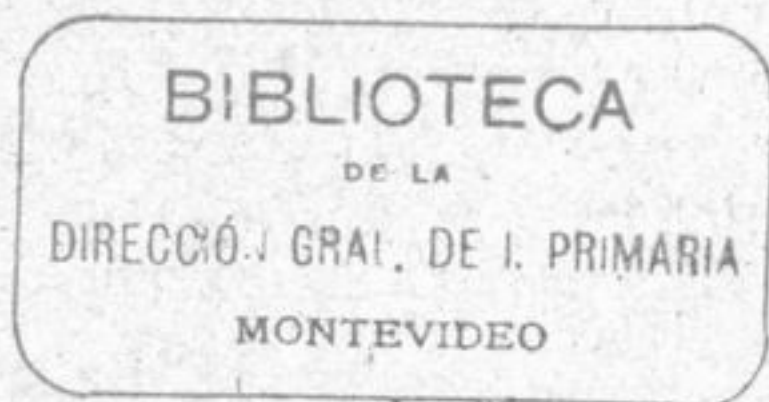
EJERCICIOS : 169. — *a.* Pronunciar bien. — *b.* Recordar las ideas de las frases i períodos. — *c.* Componer frases con palabras leídas. — *d.* Deletreo. — *e.* Expresar las ideas de otro modo. — *f.* Resumir la leyenda. — *g.* Reflexiones morales.

ÍNDICE

DE LA SEGUNDA PARTE

	Pág.
ADVERTENCIAS.	5
VII.	7
114 á 119. 9 a	15
120. — La vaca i el caballo.	16
121. — El día de San Juan.	18
122. — La pesca.	20
123. — El carretón.	22
124. — La mesa de dibujar	24
125. — El batallón.	26
126. — Un perro y un gato	28
127. — El payaso.	30
128. — ¡Infeliz borracho!.	32
129. — El pescador.	34
130. — El baile	36
131. — Las calesitas	38
132. — El Sol	40
133. — Un buen corazón	42
134. — El cazador i el perro.	44
135. — La verdad	46
136. — El delito castigado.	48
137. — Un mal jugador.	50
138. — El niño juicioso.	52
139. — Los dos hermanos.	54
140. — El carpintero.	56
141. — El dinero hallado	58
142. — El aborro.	60
143. — El falso ciego.	62
144. — La embustera.	64

	Pág.
VIII.	67
145.	69
146. — El pueblo.	70
147. — La iglesia.	72
148. — El cementerio.	74
149. — El primo de Lisandro	76
150. — Los árboles.	78
151. — El libro	80
152. — El robo descubierto	82
153. — Lo haré mañana.	85
154. — La caprichosa.	88
155. — El burlón.	91
156. — La escuela i la lluvia.	93
157. — El cuidado de la ropa.	96
158. — El saber escribir	100
159. — Un retrato	103
160. — El juego en la calle	106
161. — Un culpable honrado.	108
162. — La policia.	111
163. — Los Treinta y tres.	114
164. — ¡Qué aplicación!	117
165. — La niña modesta	120
166. — Dos cartas	123
167. — La chismosa	127
168. — Una casualidad	130
169. — Quiero ser maestro	135



49673. — PARÍS, IMPRENTA DE A. LAHURE

9, calle de Fleurus, 9

21520. — PARÍS. IMPRENTA DE LAHURE

9, CALLE DE FLEURS, 9
